



EPOCA 4.^a — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 9.^o — Madrid 25 de Marzo de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *Cartas de Valencia*, por María de la Peña. — *Tradiciones de Tierno Santa*, por M. Polo y Peyrolón. — *Comite convecador el día de San José*, por J. S. M. — *Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid*. — *Las ánimas*, por Carlos Frontaura. — *Invierno y primavera*, por Carlos Ossorio y Gallardo. — *El caldeo del hogar*, por Antonio Montenegro. — *La procesión de Santa Madrona*, por Francisco de P. Capella. — *Jubileo Sacerdotal de Su Santidad León XIII*. — *El Arte religioso*, por M. de A. — *Bibliografía*. — *Necrología*. — *Noticias*.
GRABADOS. — *El Rmo. P. Larroca*. — *Invierno y primavera*. — *El Evangelista San Juan*.

LA DECENA

Un movimiento extraordinario, una alegría sin causa aparente, las murgas llevando a domicilio sus moros y desconciertos, las confiterías ostentando en sus escaparates ramilletes que parecen edificios, en compensación sin duda de los muchos edificios que parecen ramilletes... Tal es el espectáculo que ofrece Madrid en el día de San José.

La modestia del humilde carpintero de Judea no ha trascendido por lo visto a los que llevan su nombre, y San José es una de las fiestas de campañillas de esta capital. Aunque el almanaque no la indicase, sus preparativos la anunciarían. Desde la noche anterior no hay casa en que no hayan hecho las murgas alguna de las suyas; los carteros corren cargados de sobres de tarjetas y los mozos de cuerda y dependientes de comercio no hacen más oficio que conducir platos de dulce, desde la tarta modestísima de bizcocho hasta la fuente arquitectónico-monumental. En alguna de éstas, para que la propiedad del nombre sea mayor, no hay quien pueda meter el diente: son de verdadera consistencia granítica. Algo de esto ocurre también a algunos bizcochos, preparados con ocho días de anticipación y que ofrecen todos los caracteres de verdaderas rebanaditas de pino... en recuerdo también, sin duda, del Santo carpintero.

San José nos anuncia el buen tiempo; San José nos trae la primavera, que es la renovación de la vida y el alimento de la esperanza; San José nos recuerda la igualdad verdadera ante la voluntad divina; San José nos sirve de eficaz intercesor para con su Divino Hijo, mártir y salvador del hombre, y para con la Virgen Madre, predilecta devoción del pueblo español.

No hay familia en que no se celebre este Santo: si en ella no hay algún respetable D. José, hay al menos alguna graciosa Pepa de veinte años, ó algún travieso Pepito de diez ó doce.

— San José da para todos! — decía un confitero contestando a mi extrañeza, al ver los preparativos hechos para aquella fiesta en todos los comercios.

Y, como si fueran ecos de aquella voz, los médicos corren afanosos de uno a otro extremo de la capital en el día del Santo, los boticarios trabajan a las altas horas de

la noche, y en todas las tiendas más ó menos funerarias se escucha el martilleo de los que preparan a los madrileños lo último que necesitan, y todos dicen, ó piensan al menos:

— San José da para todos!

La verdad es, como queda dicho, que los Pepes y Pepas abundan en Madrid como ningún otro nombre. Una vez quiso comprobarlo un bromista, y cuando pasaban por la calle del Barquillo, y no lejos de él unas doce personas, exclamó forzando la voz:

— Pepe!

Y nueve ó diez personas volvieron la cabeza.

Con motivo de la fiesta del Santo circulan en Madrid en dicho día innumerables tarjetas. La estadística de uno de los últimos años arrojaba para Correos un producto de 5.672 pesetas, ó sea 56.720 tarjetas. Calculando que dichas tarjetas sólo costasen a 2 pesetas el 100, tendríamos un gasto de 1.134 pesetas, y asignando otra peseta a cada ciento de sobres, podremos añadir 567 más, ó lo que es lo mismo, un total de 7.373 pesetas.

Con igual suma hubieran podido entregarse 7.373 bonos para otros tantos pobres, encenderse lumbre

en muchas casas y cubrir infinitas y perentorias necesidades.

La arraigada manía del tarjeteo, que a nada conduce, pudiera y acaso debería proibirse de nuestras costumbres, y a ello contribuirá mucho el conocimiento por todos del poco aprecio que se hace generalmente del pedacillo de cartulina. En muchas casas, el *negociado* de las tarjetas es de la competencia exclusiva de un mayordomo: éste las recibe, y, sin dar cuenta a su señor, corresponde con otra tarjeta en la entrada de año, ó las rasga desde luego y las arroja al cesto de los papeles inútiles.

Nuestros abuelos lo entendían mejor cuando en los primeros días del año obsequiaban a sus amigos con un pedazo de papel deplorablemente impreso, y en el cual, encerradas en una orla de dudoso buen gusto, se leían las siguientes ó parecidas frases:

«Buena entrada de año. Salud si conviene. Riqueza si es necesaria. Si pierde a una persona querida, salud para encomendarla a Dios. Si le nace un hijo, que le vea criado y hecho un hombre. Enhorabuena si logra buen empleo ó le toca la lotería. Pésame si algo malo le acontece.»

Y con aquella tarjeta en papel de hilo, cuyo coste variaba entre cuatro y seis maravedises, se juzgaban cumplidos por todo un año.

Yo comprendo los regalos, especialmente cuando los recibo; pero no acierto a explicarme ese afán por aumentar los ingresos de la renta de Correos.

La primavera ha hecho su presentación oficial y solemne con la exactitud matemática que en ella es costumbre; pero en Madrid ha entrado precedida de una nevada bastante regular y seguida de unos fríos más que regulares. A los madrileños nos ha sorprendido con triple manta en la cama, doble gabán sobre el cuerpo, bufanda al cuello y guantes y calcetines de lana en manos y pies.

Como todas las noticias de impresión, la de la llegada de la primavera nos ha dejado fríos, no siendo raro escuchar por esos mundos:

— Con que la primavera ha entrado...? Vaya, pues entonces hay que echar unos buenos troncos a la chimenea.

— Atchís!

— Jesús... Ya te has constipado.

— Naturalmente, desde que sé que estamos en primavera, tiritando de frío.

Y los prudentes padres de familia, a quienes haya cogido la noticia desprevenidos, no podrán menos de exclamar como otros tantos generales en jefe en el estrecho círculo del hogar doméstico: ¡Que no se abran los balcones! ¡Que se componga un cristal que hay roto! ¡Póngase burlete en todas las junturas de las puertas! ¡Enciéndase el brasero grande! ¡Sacar las mantas! ¡Componer los manguitos...!

— Y tú sales a la calle?

— El deber lo ordena, esposa mía. ¡Que me traigan el gabán de pieles, no sea que la primavera me cueste la mía...!



EL RMO. PADRE LARROCA,
General de la Orden de Santo Domingo ó de PP. Predicadores.

Ayuntamiento de Madrid

Ya no es la primavera aquella estación poetizada por la clásica antigüedad y representada con ligerísimo ropaje por los pintores. No: la primavera actual, al menos cuando llega de incógnito como en el corriente año, necesita representarse vestida con un gabán ruso, llevando colgado del cuello un brasero lleno de lumbre y mostrando en su mano derecha un termómetro marcando cero en su columna. La figura habría de tener de fondo un país nevado, en cuyos primeros términos se vieran ríos desbordados y en los últimos algunos robustos árboles tronchados por el vendaval. Esta es la primavera moderna y la única que conocemos los desdichados que cruzamos tiritando las calles de Madrid, con las manos llenas de sabañones y acelerando el paso, tanto para que pueda circular la sangre, como para llegar más pronto allí donde nos espera la antigua y alegre chimenea o la estufa moderna, que nos asfixia con su humo y nos molesta con su mal olor.

Y los desgraciados que carezcan de hogar pueden suplirlo en cierto modo, en estos días de frío, acudiendo a la plaza de Santa Cruz, donde suele colocarse un gimnasta que se traga estopas encendidas.

Quedamos en que, de hoy en adelante, no hay que hacer caso de los señores poetas, aunque canten a la primavera con la elegancia y la inspiración del difunto Selgas. Son unos embusteros. Si les creyéramos, empezáramos por aligerarnos de ropa y correríamos gravísimo riesgo de aumentar la estadística de pulmonías que registra en esta época del año el estado sanitario semanal de *El Siglo Médico*.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

LOS GRABADOS

EL RMO. PADRE LARROCA, GENERAL DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO O DE PP. PREDICADORES.

La celebración del quincuagésimo aniversario sacerdotal del ilustre y virtuoso religioso español hace asunto de oportunidad su retrato, que insertamos en este número.

INVIERNO Y PRIMAVERA.

El lápiz del dibujante ha sabido traducir con admirable elocuencia el contraste de las estaciones del año, haciendo innecesaria toda descripción concreta. Por otra parte, la prosa y la poesía completan en este mismo número el pensamiento del artista.

EL EVANGELISTA SAN JUAN.

La figura del Evangelista que en este número publicamos es reproducción de uno de los cuadros del célebre pintor Domenico Zampieri, vulgarmente conocido por *Il Domenichino*, que floreció en Italia en la primera mitad del siglo XVII, y que reproducida en numerosas copias la conservan diferentes Museos de Europa. Zampieri la pintó primeramente para la iglesia de San Andrés della valle en Roma. El Museo Nacional de Madrid encierra tres cuadros de *Il Domenichino*, que son *San Jerónimo*, *El Sacrificio de Abraham* y *Un paisaje*.

CARTAS DE VALENCIA

S EÑOR DIRECTOR: En este santo tiempo de Cuaresma, esta ciudad, como ninguna otra católica, presenta un aspecto consolador: las señoras de la aristocracia, como las de la clase media y el pueblo, se alejan de los espectáculos; en las casas en que según la frase usual *se recibe*, es dentro de las conveniencias adecuadas al tiempo. En cambio los innumerables templos que poseemos se hallan verdaderamente invadidos por la multitud sedienta de oír la palabra de Dios; bien es verdad que contamos con muchos y muy notables oradores, tanto en las parroquias donde evangelizan los virtuosos sacerdotes Doctor D. Nicolás David, D. Salvador Castellore, Calatrava, Castañeda y varios otros; entre los P. Carmelitas, el P. Salvador; entre Jesuitas el P. Antonio Governa y el P. Alegret. En el Cabildo, a más de nuestro venerable e ilustrado Sr. Arzobispo, contamos con elocuentísimos oradores como D. Luis Badal, Cirujeda y Ros, Marín, Ros y Biosca y el sabio y humilde Sr. Magistral cuya oratoria notabilísima atrae numeroso concurso, en el que abundan más los hombres que las señoras, muchos sacerdotes y PP. Religiosos. Usando la frase vulgar, puedo asegurar a usted que no cabe un alfiler en el templo.

En todas partes, es decir, en todos los pueblos cristianos se santifica el santo tiempo Cuaresmal; pero dudo haya otro que iguale a Valencia, donde crece y se multiplica la piedad como las flores en el campo, sin que pueda entibiar el amor de Dios

que arde en los corazones valencianos el hálito mortífero del escepticismo del siglo actual que a todas partes llega. También aquí resuenan los ecos del vocerío impio, también aquí se apedrea a los fieles al salir del templo donde los cantos católicos de los cristianos responden con alabanzas al Todopoderoso pidiendo misericordia para aquellos mismos que vienen al clarear el día a ultrajarles, mofando las poéticas oraciones del rosario de la Aurora. Pero donde hay fe hay perseverancia y firmeza; seguramente no será en Valencia donde decrezca el espíritu religioso. Antes al contrario cada día tenemos fundaciones nuevas, tanto en las órdenes activas, como en las contemplativas; cada día se aumenta la familia cristiana y los convidados al banquete celestial se multiplican y con su ejemplo atraen neófitos cada día. ¡Dios sea bendito!

La Semana Mayor, o Semana Santa, como vulgarmente llamamos los fieles, es aquí solemnísima; la gran Basílica despliega todo el lujo y esplendor de nuestra Sacrosanta Iglesia. El celoso Prelado oficiando de Pontifical, el Cabildo, el numeroso clero, los Seminaristas, la magnífica capilla, el majestuoso órgano, lo suntuoso del templo, los ornamentos riquísimos, la piadosa multitud y el sonoro voltear de las vocingleras campanas, forman un conjunto sorprendente, magnífico, conmovedor. No es posible dejar de sentir algo en el alma cuando presencia uno los tiernísimos oficios de esos santos días, la bendición de las Palmas, por ejemplo: ocupan éstas el lado del Evangelio junto al altar; más hacia el pueblo, el dosel del Cardenal rodeado de las dignidades que le asisten, de sus capellanes, fámulos y pajes; cierra el presbiterio el Ayuntamiento y ocupan sus sitials el Capitán general y el Gobernador civil; guardan las puertas laterales del propio presbiterio alguaciles y maceros con sus gramallas rojas y mazas de plata; van y vienen los sacristanes balanceando ricos incensarios, y cubren las gradas del altar acólitos con su purpúrea túnica y blanco *peplum*.

No puede usted formar idea, Sr. Director, del cuadro sorprendente que este conjunto forma, sobre todo en el acto de la adoración, cuando se destaca sola la bíblica figura del Cardenal levantando en sus manos la Hostia consagrada ante un pueblo postrado, mudo y conmovido y en que tan sólo se oye el débil sonido de la campanilla.

El Jueves Santo, también encierra gran ternura en sus oficios, sobre todo en aquellos momentos en que el Prelado da por su mano la santa comunión desde las autoridades y canónigos hasta el más chiquito de los acólitos; y en el Viernes Santo la adoración de la Cruz es conmovedora en extremo. No sé por qué las gentes piadosas de Madrid y sobre todo de las provincias donde hay menos culto no vienen a Valencia en esos días. Sin duda que Toledo por su historia y ostentación lleva la primacía (yo no conozco su Semana Santa); sin duda que Sevilla llama la atención por sus procesiones, pero Valencia no tiene igual, a mi modo de ver, para las almas verdaderamente enamoradas. Me despido, Señor Director, hasta otro día en que seguiremos hablando de asuntos semejantes; entre tanto le invito a descansar de sus tareas y conocer por sí propio la hermosa ciudad del Cid. — Suya afectísima amiga,

MARÍA DE LA PEÑA.

TRADICIONES DE TIERRA SANTA

(Continuación.)

VI

LIDA. — CURACIÓN DE ENEAS. — CUNA Y SEPULCRO DE SAN JORGE.



MUCHOS peregrinos hacen el viaje desde Jafa a Rama pasando por Lida. Al efecto, una vez en la aldea de Yasur, al llegar al monumento fúnebre del imán Alí, dejando la carretera que conduce a Jerusalén, se toma un camino de herradura que parte hacia la izquierda y atraviesa las aldeas de Beit-Dayán y Sarifé por entre huertos, cercados de higueras chumbas, con olivos, naranjos, moreras y tamariscos, se llega a Lida, que dista de Jafa unos 18 kilómetros, y en la cual únicamente llaman la atención del peregrino los lugares que recuerdan al paralítico Eneas y a San Jorge.

Lida, fundada por Samad en el territorio perteneciente a la tribu de Benjamín, apenas ha modificado su nombre, pues los hebreos la llamaban Lod; Diospolis, esto es, ciudad de Júpiter, los griegos, y Lud los árabes. Terminada la cautividad, habitáronla de nuevo los descendientes de Benjamín. El romano Casio, que más adelante fué uno de los asesinos de Julio César, redujo a esclavitud a los habitantes de

Lida, 48 años antes de Jesucristo. Vencido Casio en la célebre batalla de Filipos, Antonio les devolvió la libertad; pero hacia el año 76 de la Era cristiana, el procónsul Cestio, yendo desde Antipatridas a Jerusalén, cruzó por Lida cuando casi todos sus habitantes se encontraban en la Santa Ciudad celebrando la fiesta de los Tabernáculos, y pasó a cuchillo a unos 40 que encontró en el pueblo, entregándole después a las llamas. El año 79, Vespasiano se apoderó de Lida, que contaba entonces una célebre escuela dirigida por el rabino Gamaliel. Fué Sede episcopal desde los primeros siglos del cristianismo, y se cree con fundamento que ocupó aquella silla uno de los setenta y dos discípulos. Los otros Obispos, cuyos nombres se conocen oficialmente por las actas de varios Concilios, son: Aecio, que suscribe las del Concilio de Nicea, celebrado en 325; Dionisio, que figura en el primer Concilio de Constantinopla, celebrado en 381, y Fotino, que tomó parte en el de Calcedonia el año 451. Algunos antes, en 414, reunió en Lida un Sínodo, compuesto de 16 Obispos, presididos por el de Cesárea, Eulogio, para oír a Pelagio, que negaba el pecado original y la necesidad de la gracia, en cuyo Sínodo fueron condenadas las doctrinas pelagianas. A principios del siglo VIII aun tuvo Lida otros dos Obispos, llamados Apolonio y Eustacio, que es todo lo que se sabe de ellos.

Actualmente Lida es un lugarón compuesto de casas ruinosas y de calles estrechas y sucias, que más bien parecen barrancos. Según Fr. Livinio de Hamme, habitan dicho pueblo unos 4.800 musulmanes, 1.950 griegos cismáticos, 30 protestantes y 10 católicos dirigidos por un misionero latino; éstos han debido aumentar en los 10 años últimos, porque la *Guta* de Fr. Livinio, que tengo a la vista, data de 1876.

La curación del paralítico Eneas por San Pedro acaeció de la manera siguiente:

Yendo San Pedro a visitar las iglesias fundadas por los discípulos, llegó a los santos, es decir, a los escogidos que moraban en Lida.

Y halló allí un hombre, por nombre Eneas, y había ocho años que yacía en un lecho porque estaba paralítico.

Y Pedro le dijo:

— Eneas, el Señor Jesucristo te sane: levántate y hazte la cama, es decir, carga con ella y llévate.

Y en el momento se levantó.

Y le vieron todos los moradores de Lida y de Saroná, y se convirtieron al Señor.

No lejos de la actual iglesia de San Jorge, en cierto campo cultivado, se encuentra un trozo de columna, medio envuelto en tierra que, según la tradición, marca el lugar en donde estuvo la casa del paralítico Eneas, milagrosamente curado por San Pedro.

Otra tradición antiquísima y respetable señala a Lida como cuna y sepulcro del mártir San Jorge, aunque no falta quien sostiene que el valeroso tribuno de Diocleciano era natural de Capadocia. Es lo cierto que se opuso a secundar la desatentada persecución contra los cristianos, que lleva el nombre del Emperador dicho, circunstancia por la cual se vino en conocimiento de que también era discípulo de Jesucristo el valiente tribuno; que se negó rotundamente a sacrificar a los dioses del Imperio; y que, después de haber sufrido varios tormentos, se le decapitó el día 23 de Abril del año 304 en Nicomedia de Bitinia, según unos, en Diospolis de Persia, según otros, ó en Meditena de Armenia, según alguno.

«El martirio de San Jorge, dice el P. Ribadeneira, fué muy ilustre y muy celebrado en todas las iglesias de Oriente y Poniente, y los griegos por excelencia le llaman el mártir San Jorge. San Germán, Obispo de París, volviendo de la peregrinación que hizo a Jerusalén, trajo el brazo de San Jorge, que le había dado el Emperador Justiniano como un riquísimo tesoro y colocó en París en la iglesia de San Vicente. En Roma se guarda la cabeza de San Jorge en la iglesia de su nombre, la cual puso allí Zacarías Papa, como se escribe en el libro de *Romanos Pontífices*. San Gregorio Papa reparó una iglesia del mismo Santo mártir, como él mismo lo escribe en la *epístola* 68 del lib. IV, indict 4. Otro brazo del mismo mártir fué llevado a Colonia y por él hizo Dios muchos y grandes milagros, como se ve en los *Actos de San Anón*, Obispo de Colonia, y Gregorio, Obispo de Tours, escribe también de sus reliquias y milagros, *De gloria martyrum*, cap. 101. Justiniano Emperador hizo un templo suntuoso a San Jorge. Los reyes en sus batallas le tienen por particular abogado, y la Iglesia Romana suele invocar a San Jorge, a San Sebastián y a San

Mauricio como especiales protectores contra los enemigos de la fe."

Según tradición antiquísima y respetable, las reliquias del santo tribuno fueron trasladadas á Lida su patria y depositadas en magnífica iglesia que hizo construir el Emperador Justiniano para darlas culto. Este templo, hoy en poder de los griegos cismáticos, los cuales se consideran además poseedores del cuerpo del mártir invicto, ha pasado por las siguientes destrucciones y reedificaciones: destruyéronle los persas cuando invadieron la Palestina con su Rey Cosroes II á la cabeza, en 614; el califa Hakem, con exactitud llamado el Nerón de Egipto, en 1010; los musulmanes poco antes de la llegada de los cruzados, y Salah el-Dine, por último, para convertirla en mezquita. Dichas destrucciones suponen otras tantas reedificaciones, que tuvieron lugar: la primera, apenas se retiraron los persas invasores; la segunda, por San Esteban rey de Hungría; la tercera, por los cruzados, y la cuarta por los griegos cismáticos en 1870, á pesar de las protestas del cónsul francés, que defendió inútilmente los derechos de los católicos.

La iglesia actual, no tan suntuosa como la construída por los cruzados, se compone de tres naves de regulares dimensiones y agradable aspecto, y de una cripta, situada debajo del presbiterio, en medio de la cual se ve un hermoso sepulcro de mármol blanco con la estatua yacente del soldado mártir, cuyas reliquias que atesora el sepulcro, según porfiran los griegos, me parece inverosímil. Parte de la antigua iglesia de San Jorge la ocupa en la actualidad una mezquita, que los fanáticos turcos de Lida no quieren enseñar á los peregrinos, ni por *bajis*, ni por nada. El alminar descansa sobre uno de los muros de la iglesia. La fiesta de San Jorge se celebra en Lida con una gran romería y bacanales sin cuento, en las que toman parte innumerables romeros de Rama y de los demás pueblos del contorno.

M. POLO Y PEYROLÓN.

(Se continuará.)

CONVITE CONMOVEDOR EL DÍA DE SAN JOSÉ

QUANTOS aprecian el precioso devocionario *Id á José* no habrán podido por menos de recibir gratísima emoción al leer el delicado consejo de dar de comer á tres pobres: á un niño, á su madre y á un anciano, en honor de San José; devota costumbre muy en uso en otros tiempos en la católica España, ya el día de San José, como practicaba la aristocrática Doña Lucía de Alarcón, en Lima; ya en nochebuena en desagravio del desvío que los santos esposos padecieron al buscar albergue en la Natividad del Señor, según reverentemente lo hacía D. Tomás de Artiga, sirviéndoles él mismo á la mesa, y experimentando, por súplicas de los tres pobres á San José, en ocasión en que se hallaba gravemente enfermo, una completa y milagrosa curación.

Y tan generalizada debía estar la confianza en esta piadosa práctica entre nuestros antepasados que, según refiere también el P. Mach, con alusión á uno de los sermones de San Vicente Ferrer, habiendo muerto en Valencia un comerciante que de esta manera festejaba anualmente al Santo Patriarca, tuvo el consuelo de ser visitado al morir por la Sagrada Familia, oyendo la celestial promesa «pues en tu mesa nos recibiste, ven y te recibiremos en la nuestra» conforme con la que el Salvador ofreció á los misericordiosos para con los desgraciados.

Difícil podrá parecer á algunos atrabiliarios pesimistas, reñidos con la moderna civilización, que en nuestros días subsista esta práctica piadosa, y no ya ejercitada por particulares devotos, sino patrocinada por el Estado y ejercida por depositarios de su confianza, representantes de su autoridad en Juntas benéficas, llamadas á ejercer un influjo altamente moralizador en la sociedad patria.

Y sin embargo, nada más cierto que actos de esta naturaleza obtengan realización en el secreto del hogar, sin anuncios que desvirtuarían su mérito, pero acreedores á ser conocidos é imitados, objeto que nos proponemos en estas desaliñadas frases.

Entre las fundaciones caritativas investigadas por la celosa Junta provincial de Beneficencia de Madrid, restableciendo su debido cumplimiento, existía, aneja al mayorazgo instituído por D. José del Yermo Santibáñez, la de dar de comer el día del glorioso Patriarca San José, los poseedores del vínculo, sentándolos á su mesa, á tres pobres, un hombre, una mujer y un niño, en reverencia del Niño Jesús, su Santísima Madre y el bendito San José; dando, además, el poseedor, á cada uno, la limosna que le dictare su devoción. Extinguido el mayorazgo, la fundación, que debe subsistir, gravaba la casa

núm. 38 de la calle del León, propia del último inmediato sucesor, en la mitad reservable de los bienes que constituyeron el mayorazgo, quien, de concierto con la Junta provincial, ha convertido el importe del gravamen en una inscripción intransferible de deuda perpetua interior de 1.000 pesetas al 4 por 100, para el cumplimiento perpetuo de la fundación.

El celo y actividad de la Junta han sido tan eficaces, que el acto ha tenido lugar por vez primera el 19 del corriente Marzo en casa de un dignísimo Vocal de la Junta, quien por sí mismo ha elegido la familia de un pobre y honrado artesano con esposa y niño, convidados á su mesa, entregándoles además á los postres, á cada uno de los pobres, la limosna de 25 pesetas, remitida por un autorizado colega de la misma Junta; atestiguando ambos, una vez más, hallarse consagrados en cuerpo y alma al ejercicio de aquella máxima de ardiente caridad recomendada por el Dios hombre: «amaos unos á otros», que tan felices hace aún en este mundo á los que saben todo su valor y cuya imitación nunca podrá ser bastante predicada y difundida.

J. S. M.

MONTE DE PIEDAD

Y CAJA DE AHORROS DE MADRID.

I



La Junta de gobierno de este importante y benéfico establecimiento ha publicado la Memoria y cuenta general correspondiente al año de 1886.

Contiene detalladamente las diversas operaciones llevadas á cabo tanto en las oficinas de la Central, como en las de las sucursales, y ofrece datos curiosísimos y de importancia bajo el punto de vista social, toda vez que en el movimiento del Monte se refleja la vida de la población.

Durante el año de 1886 se han realizado préstamos sobre alhajas y ropas por valor de 10.612.008 pesetas, por 202.289 partidas.

De estas, 93.994 corresponden á alhajas con 8.311.931 pesetas, y 108.295 á ropas con 2.300.077 pesetas.

Comparadas estas cifras con las del año de 1885, resultan 2.604 préstamos menos sobre alhajas con 562.661 pesetas menos también, y 3.106 más sobre las ropas con 168.085 pesetas igualmente más; y en conjunto, un aumento de 502 partidas empeñadas en el año último sobre el anterior, y 358.636 pesetas facilitadas de menos.

Es curioso é interesante conocer el número de partidas correspondientes á empeños nuevos y cuáles sean los renovados: los primeros ascienden á 117.599 por valor de 5.629.188 pesetas, y los segundos á 84.690, importantes 4.982.820 pesetas. Los desempeños definitivos ascendieron á 103.985 partidas en garantía de 5.433.212 pesetas: las ventas por caducidad del plazo de los empeños han consistido en 18.978 lotes, empeñados en 791.733 pesetas, 984 partidas más que en 1885, pero representando en préstamo 210.351 pesetas menos que en igual año.

Los préstamos especiales sobre valores públicos ofrecen el siguiente resultado: 5.446 partidas, importantes 146.386.513 pesetas, que con relación al año anterior acusan un aumento de 985 préstamos y 21.659.303 pesetas más. Se han desempeñado 5.509 partidas por valor de 141.441.234 pesetas.

Los nuevos imponentes de la Caja de Ahorros en 1886 fueron 12.421; y el número de cuentas abiertas al finalizar dicho año era de 37.886.

Por las imposiciones nuevas y las continuadas de años anteriores han ingresado 20.091.053 pesetas; de reintegros ha pagado la Caja 15.722.166 con 12 céntimos; los pagos por saldos han sido 10.709, y las entregas á cuenta 14.210.

Llama la atención la Junta de gobierno en su Memoria sobre la gran suma á que ascienden los saldos en 1886, atribuyendo este hecho á la facultad que se concede de imponer de una vez el máximo que se permite por cada libreta, mucho mayor que el que toleran las Cajas de París y otras muchas; toda vez que la mayoría de dichas imposiciones la efectúan familias que desean tener un fondo con el cual hacer frente á los accidentes previstos ó eventuales de la vida.

Para terminar esta ligera reseña, en cuanto se refiere al Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid, réstanos hablar sólo de los productos y gastos del repetido año.

Los primeros han ascendido á 2.642.222 pesetas 50 céntimos, y los gastos á 2.093.313 con 47 cénti-

mos, resultando un aumento de capital de 548.909 pesetas 3 céntimos.

La Memoria clasifica por edades, sexos, estados y profesiones á los imponentes de la Caja de Ahorros.

Todas las profesiones tienen los suyos; hay un número exiguo de imponentes clasificados así: «de varias clases indeterminadas». Tal vez en este grupo haya algún escritor, no muchos, porque de ser 20 el número de los afortunados, figurarían en la relación.

Prueba elocuente de lo que producen las letras. Las mujeres figuran en mayoría, y de éstas imponentes ahorros 3.809 viudas.

Es un dato que pudieran aprovechar algunos solteros recalcitrantes.

II

Los datos relativos á la situación en fin de 1885, de los Montes de Piedad y Cajas de Ahorros de provincias, son incompletos.

Los que se han podido reunir arrojan cifras insignificantes, si se comparan con las del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid.

Los Montes de Vitoria, Alicante, Alcoy, Orihuela, Ávila, Barcelona, Cádiz, Jerez de la Frontera, Córdoba, Santiago, San Sebastián, Málaga, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Béjar, Segovia, Sevilla, Valencia, Játiva, Valladolid, Zaragoza y Baleares tenían en fin de 1885, 202.682 partidas de empeños, sobre las cuales prestaron la cantidad de 17.401.227 pesetas; mientras en Madrid, el mismo año, contaba en 31 de Diciembre el Monte de Piedad 133.821 partidas, y el capital prestado sobre las mismas ascendía á 40.843.353.

Más insignificantes son los resultados que arrojan los balances de las Cajas de Ahorros.

La de Madrid cerró en el repetido año de 1885 con 36.154 imponentes, con un capital de 40.113.488 pesetas.

Las Cajas de Ahorros de las poblaciones citadas, más las de Mataró, Sabadell, Coruña, Palafrugell, Santander, Tarragona y Bilbao, al cerrar sus operaciones en igual fecha, tenían 74.289 imponentes, con un capital de 37.610.579 pesetas.

La comparación de estos números demuestra primeramente más vida y más movimiento en la capital de España que en el resto de ella; y además, que la usura, por desgracia, está más desarrollada en provincias que en Madrid; pues no puede suponerse que la riqueza de aquéllas sea causa de la notable diferencia que se observa en los números citados.

El Monte de Piedad en Madrid, creando sucursales en todos los puntos de la población, ha favorecido el desarrollo que se viene notando y ha conseguido acabar con muchos establecimientos de préstamos que cobraban un interés de 60 por 100 al año, y obligado á otros á rebajarle á un 24 por 100. La clase obrera más acomodada, en vez de emplear sus ahorros en préstamos particulares con exorbitantes réditos, lleva su dinero á la Caja de Ahorros, por la seguridad del capital y por las facilidades que ofrece de retirar parte ó todo en casos de accidentes imprevistos.

La clase trabajadora en Madrid ha comprendido las ventajas de estos establecimientos, y la usura va disminuyendo de día en día. En provincias no ha llegado á entenderse así, y lo prueba el estado comparativo.

Nadie ignora que los modestos agricultores están en gran mayoría sometidos á los usureros, quienes recogen en realidad el fruto de los trabajos de aquéllos; pues si lenta y paulatinamente ese agricultor depositara en una de las Cajas de Ahorros pequeñas cantidades, se encontraría á fin del año con un capital que, en vez de gravarle con sus réditos, le beneficiaría con sus intereses.

Este es el fin que persiguen las Cajas de Ahorros, las cuales llegarán á ser dentro de poco origen del mejoramiento de la clase productora.

Las poblaciones más cultas así lo han entendido: la Caja de Barcelona es la que figura á la cabeza en cuanto al número de imponentes, sigue Madrid, luego Sevilla, y el cuarto lugar corresponde á la de Bilbao, que, en realidad, debiera figurar á la cabeza; pues siendo la capital de Vizcaya diez veces menor en población que la de Madrid, ocho veces que la de Barcelona y seis que la de Sevilla, había en 1886 en la Caja suya 6.072 imponentes con un capital de pesetas 7.267.019; esto es, la sexta parte que en Madrid respecto al número de imponentes é importe de las imposiciones.

La clase obrera de Vizcaya reúne á la virtud del trabajo la del ahorro, y figurando en este concepto á la cabeza de las demás provincias, ocupa uno de los últimos lugares en la estadística criminal.

¡Que cierto es que el trabajo dignifica y moraliza al hombre!

III

Necesitaríamos dar mayor extensión a este artículo y hacer uno especial para cada nación, si nuestro propósito fuera tratar de la organización y desenvolvimiento de las Cajas de Ahorros en el extranjero; pero como sólo nos proponemos demostrar la importancia de su creación y fomento, bastarán las conclusiones relacionadas con este fin.

En fin de Diciembre de 1885 era el siguiente el estado de las Cajas de Ahorros de los países que se expresan:

Alemania figuraba con 5.242.827 imponentes, y capital de 3.241.638.108 pesetas; Francia, con 4.926.391 y el capital impuesto de 2.212.983.891; Inglaterra, 4.716.149 imponentes y 2.265.366.500 pesetas; Estados Unidos, 1.147.588 y 2.155.400.500; Italia, con 442.817 y 387.369.872; Bélgica, 394.577 imponentes y 158.829.010 pesetas; Austria Hungría, 180.369 y 430.633.532; Países-Bajos, 176.019 imponentes y 36.269.109 pesetas; Sajonia, 143.383 de imponentes y capital de 33.244.621 pesetas; Suiza, 124.530 y 87.653.907, y España, 140.443 imponentes con 80.724.067 pesetas.

Se ve, pues, figurando a la cabeza de la precedente relación a Alemania, y ocupando el último lugar a España.

Además de los países citados, deben serlo Suecia, Dinamarca, Noruega y Luxemburgo, cuyas Cajas de Ahorros dan un total de imponentes de 184.828 y asciende el capital impuesto a 126.015.450 pesetas; los totales que arrojan las anteriores sumas los siguientes:

Imponentes, 17.989.921.

Capital impuesto, 11.216.198.117 pesetas.

Estas dos cifras constituyen el más poderoso argumento contra los que afirman que no hay propiedad justa, ni capital que pueda adquirirse con el trabajo personal.

Los imponentes de las Cajas de Ahorros labran su modesta fortuna acumulando el sobrante diario del producto de su trabajo, después de atender a sus necesidades.

Lo que demuestra que el hombre puede ganar con sus manos ó su inteligencia lo necesario para vivir, y algo más que ahorrar, toda vez que en las Cajas de Ahorros citadas existían en 1885 casi 18 millones de personas que poseían un capital efectivo de más de 11.000 millones de pesetas.

En su consecuencia, el hombre que trabaja y no ahorra será porque gasta más de lo que debe y puede, sin tener en cuenta que en la vida surgen accidentes desgraciados que hay necesidad de prever.

Los capitales se hacen de igual modo que los edificios; la comparación es vulgar, pero exactísima. Estos últimos colocando piedra sobre piedra, los primeros acumulando los muchos pocos; y así como una sola piedra basta para servir de base a un regio palacio, una sola moneda será siempre el origen de un capital, por grande que éste sea.

LAS ANIMAS

HISTORIA DE ALDEA

I



JUAN y Teresa habían nacido él para ella y ella para él.

Ninguna muchacha de la aldea era más bella, ni más hacendosa, ni más discreta y juiciosa que Teresa, y ningún mozo podía competir con Juan en gallardía, nobleza de sentimientos y amor al trabajo.

Teresa tenía quince años y Juan diez y ocho, y entre los padres de uno y otro estaba convenido que, apenas saliera el chico libre de la quinta, los casarían, persuadidos de que habían de formar una bella pareja, y dar a la patria unos cuantos robustos hijos, que los hijos y el trabajo nunca le estorban al pobre.

Por supuesto que si el chico tenía la suerte, que así se llama, de caer soldado, entre ambos padres pagarían la cantidad señalada por la ley para redimirle, porque aun tenían algunas fanegas de trigo que vender, aunque después de vendidas y pagado el sustituto se quedarían sin un ochavo de ahorros.

Iba a decidirse la suerte de Juan, iba a sacarse la quinta en el pueblo, cuando un horrible incendio redujo a cenizas seis casas, y a la más espantosa miseria a seis pobres familias.

Estas familias, sin casa ni pan, vagaban por el pueblo, implorando la caridad de sus convecinos; pero éstos eran muy pobres, y muy escasos, por consiguiente, los recursos que podían proporcionarles.

Una madre que criaba a su hijo, le había visto morir de hambre en sus brazos.

Un anciano paralítico se había vuelto loco, al ver que las llamas entraban por la ventana de su aposento.

Un honrado joven, único apoyo de sus padres sexagenarios, se había quedado ciego en el incendio.

Juan y Teresa veían con dolor profundo aquellas horribles desgracias, y una noche, dos días antes de hacerse en el pueblo el sorteo de la quinta, dijo Juan a Teresa:

— Teresa, ¿no es verdad que debemos tener confianza en que Dios no nos abandonará...?

— El me libre de dudar de su infinita misericordia, contestó la bella joven.

— Pues bien, repuso Juan, me ha ocurrido una idea.

— ¿Cuál?

— Tú sabes que tu padre y el mío tienen reservadas algunas fanegas de trigo para *comprarme un hombre*, en el caso de que la suerte no me quiera favorecer en el sorteo...

— Sí; mi padre lo ha dicho.

— Pues bien: antes que yo son nuestros desgraciados vecinos que se mueren de hambre, que han perdido cuanto tenían. ¿Quieres, Teresa, que les demos lo que nuestros padres me darán para librarme de ser soldado, y que si no me toca la suerte será nuestro regalo de boda...?

— ¡Ay! Juan; ¿y si caes soldado, y no te puedes librar luego...?

— Hija mía, si no hiciéramos eso por los desgraciados, me parece que tendría toda mi vida una pena, y una angustia y un remordimiento...

— ¡Dios mío! murmuró sollozando Teresa, ¿y si te vas a ser soldado, y te matan en la guerra...?

— No querrá Dios que eso suceda, Teresa de mi alma.

— Pues mira, no digas nada a tu padre hasta mañana... Pensémoslo esta noche... Yo necesito que Dios me dé fuerzas para exponerme al peligro de perderte.

El día siguiente, Juan y Teresa convinieron en que nunca, en ninguna circunstancia de la vida, se debe retroceder ante sacrificio alguno, si de este sacrificio ha de resultar el bien del prójimo.

El pueblo por otra parte comenzaba a murmurar de los padres de Juan y Teresa, que tenían trigo en el granero, y no querían venderlo barato para los pobres, y menos socorrer a las víctimas del incendio.

Y las mozas, al salir de la iglesia, habían cuchicheado señalando a Teresa, mirándola con cierto desdén, y los mozos se alejaban de Juan y empezaban a *tomarle tema*, no sólo porque su padre y él nada daban para los pobres, sino porque ya sabían que, mientras algunos de ellos cargarían con el chopo, él podría pagar un hombre, y cargar con una mujer, que aunque a veces suele pesar mucho más que un fusil, era la más bonita diez leguas a la redonda, y la que había dado sendas calabazas a más de dos y a más de cuatro.

A los padres de los novios los llamaban ya *los dos viejos avarientos*, y hasta hubo entre aquellos mozállones alguno que propuso pegar fuego a las casas de los dos vecinos que tenían trigo y no se lo daban a los pobres.

El resultado de todo esto fué que Juan y Teresa pidieron a sus padres encarecidamente que diesen a los pobres lo que para ellos reservaban, y tanto y tanto suplicaron que aquella misma noche el trigo se repartió entre las familias más necesitadas del pueblo, que colmaron de bendiciones a los dos viejos y a los dos jóvenes, que tan inmenso sacrificio hacían, quizá el de todo su porvenir.

Juan sacó en el sorteo el número 1, y no hubo más remedio, fué soldado.

II

Juan tenía un enemigo, pero un enemigo muy temible porque se fingía amigo.

Andrés, que así se llamaba el enemigo de Juan, era un mozo como un trinquete, de mirada torva y pocas palabras, que solía pasarse horas enteras sin abrir la boca más que para bostezar, y sin levantar los ojos del suelo, donde debía habersele perdido algo, según el afán con que iba buscando siempre; solamente cuando pasaba cerca de Teresa, levantaba los ojos y fijaba una profunda siniestra mirada en el bellissimo semblante de la novia de Juan.

Teresa no conocía el amor ardiente, apasionado, rencoroso y terrible que se ocultaba en el pecho de

Andrés, y aunque no le era muy simpático que digamos el tal Andrés, le ponía buena cara porque era amigo de Juan, y éste le profesaba un verdadero amor fraternal.

Andrés también cayó soldado, y el día en que perdió su libertad por ocho años fué el único día que se le vio alegre, satisfecho, con la cabeza erguida, al mismo tiempo que los demás quintos volvían tristes al seno de sus familias, con la pena de separarse de la madre cariñosa, y del hermano querido, y con las incertidumbres de ocho años de una vida completamente desconocida para ellos. Andrés sabía que, siendo Juan soldado, no había de celebrarse la boda concertada, y bendecía la suerte que sujetaba al único hombre que había logrado interesar el corazón de la mujer que él deseaba ardientemente.

Nadie extrañó que Andrés recibiera con alegría la noticia de su nuevo destino, porque no tenía madre, ni padre, ni hermanos, y porque un tío con quien vivía era un viejo avaro, que siempre le había tratado con dureza y hasta con crueldad, y todos creían que ser soldado era para Andrés una fortuna, no sólo porque se vería libre de su tío, a quien poco ó nada tenía que agradecer, sino porque con la vida militar, con el trato de sus compañeros de armas y con *ver mundo* sufriría notable y provechosa modificación su carácter encogido y sombrío.

Llegó el día en que los quintos del pueblo debían ser entregados en caja.

Aquel día Teresa lloró más que todos, — que todos lloraban aquel día, menos Andrés, que contemplando a Juan y a Teresa, era el único en cuyo rostro se pintaba la alegría y la satisfacción, — puso al cuello de Juan un escapulario de la Virgen del Carmen, y estrechando la mano de Andrés, suplicó a éste que fuese siempre amigo y hermano leal de su prometido, que pidiese servir en el mismo regimiento, y que no le abandonase nunca, si llegara a caer enfermo ó si le herían en un combate.

La pobre niña no advirtió que la mano de Andrés ardía y temblaba en la suya, y no leyó en sus ojos una siniestra mirada de odio dirigida a Juan, que con la cabeza inclinada sobre el hombro de su anciano padre lloraba también, pensando quizá que acaso no volvería a besar aquellas venerables canas, ni a realizar los sueños de felicidad que pocos días antes le halagaban, cuando ya se creía dueño y esposo de su Teresa.

Las familias socorridas por los padres de Juan y Teresa conocieron entonces, al ver partir para el ejército a Juan, toda la abnegación del sacrificio hecho en su favor, y se avergonzaron de sus injurias sospechas y de haber encarecido la avaricia y el egoísmo de los desdichados padres de la infeliz pareja.

Sonaba el toque de ánimas cuando los diez soldados que el pueblo daba a la patria para su defensa salían al camino de Madrid, y abandonaban, quizá para siempre, el amado inolvidable lugar de su infancia, de sus alegrías y de sus amores.

Al oír la primera campanada del toque de ánimas todos se descubrieron, y se arrodillaron, pidiendo a Dios les acompañase con su protección y su misericordia en la vida de azares y peligros en que iban a entrar, y guardase la vida y la tranquilidad del padre anciano, de la afligida madre, de la hermana candorosa y de la tierna amante.

Andrés fué el único que no rogó Dios por él ni por nadie, que no puede esperar nada de Dios quien esclavo de viles miserables pasiones da abrigo en su alma al odio y a la envidia.

Y cuando cesó el toque de ánimas, pusieron en marcha los nuevos soldados, a quienes los soldados viejos que los acompañaban referían todos los episodios, todas las ventajas y todas las quiebras del oficio, procurando distraer y alegrar a los pobres mozos, aunque no era aquella en verdad la ocasión más oportuna para que les pareciese la vida militar vida alegre, divertida y preferible a la sencilla y tranquila de la aldea.

Cuatro días después, los quintos hacían su entrada en Madrid, y eran incorporados a los regimientos, siéndolo a uno mismo Andrés y Juan, por el deseo que éste manifestó de no separarse de su amigo, de su hermano de la infancia.

III

Teresa, lo primero que hizo apenas perdió de vista a Juan, fué irse corriendo a casa a escribirle una carta, que en Madrid tenía un primo a quien dirigirla para que la entregara a su prometido.

Así es que lo primero que encontró Juan al llegar a Madrid fué el primo con la carta, y la carta con el primo.

La carta estaba mal, pésimamente escrita, pero perfectamente sentida, y había en ella más amor que en diez novelas juntas, con la diferencia de que era amor puro y verdadero.

Juan, con la alegría que le dió la carta, rió, lloró, abrazó a todos sus compañeros, y hasta al cabo que les había acompañado a Madrid, que era, Dios me perdone, bastante arrimado a la cola, y corrió a leérsela de la cruz a la fecha a su amigo Andrés, que algo extraño debió sentir en su espíritu, que se le puso el rostro de cien mil colores al oír las tiernas frases, y los sinceros juramentos de la carta, y descargó sobre Juan en una mirada el odio más profundo, y el más tenaz deseo de venganza.

Juan se hizo querer pronto de sus jefes y de sus compañeros, por su bondadoso carácter, por su facilidad para aprender todos los pasos, todos los ejercicios, y todos los manejos conocidos, por su limpieza, y por su apostura y gallardía, que no había uno a quien sentara mejor el uniforme y con más gracia se pusiera las prendas militares, y que más llamase la atención de las criadas, niñas, doncellas y demás individuos del *ramo* que monopoliza desde hace mucho tiempo los sensibles corazones de los defensores de la patria.

Andrés era el reverso de la medalla; rebelde, torpe, descuidado, sucio y perezoso, había logrado en poco tiempo la antipatía de sus jefes y sus compañeros, y más de una vez había merecido reprensiones de los primeros; Juan, que se interesaba por él, y quería evitarle humillaciones y castigos, le aconsejaba y le predicaba sin cesar, y le limpiaba la ropa y el fusil, y hacía por él lo que un padre cariñoso haría por su hijo. Todos estos favores, en vez de dar por resultado la gratitud y la amistad, acrecentaban el odio que Andrés profesaba a Juan, odio voraz e inextinguible, que hacía de Andrés el más desdichado de los hombres, porque Andrés no dormía ni hallaba reposo ni alegría, y estaba en perpetua angustia al lado de aquel hombre cuya existencia era el obstáculo que el destino había puesto entre él y Teresa; y la situación de Andrés era tanto más horrible y desesperada, cuanto que el mismo a quien odiaba era el que más le amaba, el que con más afecto le trataba, el que con más abnegación y desinterés le servía, el que por él se desvelaba sin cesar, compadecido de la orfandad en que vivía el pobre Andrés, como él le llamaba, y deseoso de modificar aquel carácter sombrío y mal intencionado, que tanto daño podía hacerle en el mundo, y sobre todo en la vida militar a que la suerte le había destinado.

Y para modificar el carácter de Andrés, lo que hacía Juan era hablarle del amor que tenía a Teresa, amor que era para él un tesoro de felicidad y de esperanzas, y le enseñaba las cartas que le escribía, y las que él recibía de ella, y le aconsejaba que, siguiendo su ejemplo, amase también a alguna muchacha honrada y hacendosa, con la que se casaría en cumpliendo el tiempo del servicio, como él pensaba hacerlo apenas recibiera la codiciada licencia.

Y el odio de Andrés aumentaba cada vez más.

Pasaron años y llegó un día en que la patria agraviada encomendó a su ejército valiente su desagravio, y el regimiento de Juan y Andrés fué uno de los destinados a la honrosa empresa de combatir por el buen nombre español.

Juan no sintió miedo al pensar en los peligros a que iba a exponerse; lo que sintió fué el noble impulso de su corazón español, y el orgullo de ir a combatir por la patria, que era la de sus padres y la de la mujer amada.

Andrés, al contrario, sintió miedo de morir sin cumplir su venganza, miedo de no poder estorbar la felicidad de Teresa y Juan, si éste salía ileso de la campaña.

Ya pueden figurarse mis lectoras, que se lo figurarán mejor que mis lectores, qué efecto causaría la noticia de la guerra en el angustiado ánimo de Teresa. Tenía por indudable que en la guerra morirían todos los que en ella tomaban parte, y que no se daba por terminada hasta que no quedaba en pie un solo combatiente, ó mejor dicho, hasta que quedaba uno solo en pie porque un hombre solo no es fácil que haga la guerra, aunque algunos hay que solos, y sin necesidad de nadie, se la hacen a sí mismos.

¿Cómo se pondría la buena muchacha, cuando su padre y el de Juan, que podían ahogarlos con un caballo, tuvieron que hacer de tripas corazón, y teniendo como tenían traspasada el alma por la incertidumbre y el temor de los peligros a que iba a exponerse el pobre soldado, hubieron de dedicarse con todo empeño a consolarla y a evitar que la chica se volviera loca, que en riesgo de esta desgracia se hallaba, según todas las señales!

Pasados los primeros días, y habiendo hecho su

efecto los consuelos de los dos ancianos, y del cura, y del escribano y del médico, y después que pudo convencerse de que a la guerra van muchos y vuelven también de la guerra muchos de los que van, hizo la pobre niña infinidad de promesas a la Virgen, y le compró dos velas de cera, que el cura puso en el altar, y todos los días iba a pedir a la Santa Madre del Redentor que protegiera a su prometido, y le librara de los peligros de la campaña.

Al toque de ánimas se la veía cada tarde postrada ante la bella consoladora imagen, que ya recordará el lector que al toque de ánimas salió del pueblo el enamorado Juan, el día que la suerte le llevó a la vida militar.

IV

Una noche, en uno de los primeros puertos de España, se embarcaba el regimiento de Juan y Andrés, al son de la música, y entre las más entusiastas aclamaciones de la población; que habían acudido a despedir a aquellos valientes, que iban a defender la honra de la patria.

Y dominando el ruido de las aclamaciones y el grato marcial sonido de la música del regimiento, se oía el triste toque de ánimas, que traía a la memoria de Juan el doloroso momento en que años antes estrechó por última vez la mano de su amada, y besó la venerable frente del anciano padre, y con lágrimas se despidió de la aldea, donde dejaba todas sus esperanzas de felicidad.

Y Andrés recordó también la tierna despedida de los dos amantes, y adivinó el pensamiento de Juan, y la esperanza que le animaba de que Dios había de protegerle en la campaña y permitirle volver un día a la aldea a unirse para siempre con su amada Teresa.

Iban uno al lado del otro, el uno tranquilo, casi alegre, con la conciencia de que iba a cumplir su deber, y de que en el mundo había un alma pura, que rogaría por él constantemente, y el otro temeroso y sombrío, solo en medio de sus compañeros, con su odio y su egoísmo, irritado de aquel entusiasmo, lleno de pavor a la idea de que una bala enemiga podía cortar el hilo de su existencia, aunque ésta era para él, desprovisto como estaba de toda afección noble y generosa, un martirio constante.

V

Ruda fué la campaña, y muchos de los valientes soldados españoles cayeron atravesados por traidoras balas enemigas.

Juan no se apartó un momento de Andrés, y fué siempre su más decidido protector, viéndose más de una vez en grave peligro por defender a su compañero y hermano, y encareciendo a toda hora el valor de Andrés delante de sus jefes y compañeros, é inventando acciones heroicas que Andrés no era capaz ni de comprender siquiera, de las que Juan decía haber sido testigo, cuando en el silencio de la noche velaban los dos en algún punto lejano del campo del ejército.

Y era tal la confianza que inspiraba Juan a sus jefes, y tal la fe que se daba a sus palabras, que, aun cuando todos habían creído hasta entonces que Andrés era un gallina de marca mayor, logró el cariñoso compañero de aquel hombre abandonado de Dios que se rectificase el juicio fundado en no pocas pruebas anteriores, y se tuviese a Andrés por un valiente, de lo que él mismo se asombraba, con lo cual el general no pudo menos de igualar en la recompensa a Juan y a Andrés, concediendo a los dos una cruz, que el primero agradeció sobremedura, no por él, sino por su hermano Andrés.

Y Andrés seguía odiando a Juan.

Alguna vez sentía como vergüenza de aquel odio, pero el demonio de la envidia, que es el demonio de más mala intención que puede haber, sin que los otros demonios la tengan tampoco buena, se había apoderado de Andrés, y como éste no rezaba, ni volvía jamás los ojos a Dios, aquel enemigo estaba como en su casa en el espíritu de Andrés, sin hallar fuerza mayor que destruyese sus malas artes y nefandos intentos.

Muchas veces, cuando se hallaban los dos en observación de los movimientos del enemigo en algún punto avanzado, y veía a Juan apoyado en su fusil, con los ojos fijos en el horizonte, y pensando sin duda en su amada Teresa, y en la felicidad que le esperaba cuando terminada la campaña pudiera volver al pueblo, y ver a su padre, y comprar un pedazo de tierra que labrar y no separarse nunca de Teresa; Andrés levantaba instintivamente el fusil, y llevaba la mano al gatillo, con la intención de dar muerte a Juan; pero un movimiento de éste, el leve rumor de algún reptil que se deslizaba por entre el musgo, una ráfaga de viento, su misma sombra le

hacían temblar, y la mano se le quedaba inmóvil, y Juan, que le veía muchas veces en esta actitud hostil, al mismo tiempo que cobarde, no imaginaba nunca la verdadera intención de Andrés, y sólo atribuía al miedo supino que sabía le dominaba aquel asombro y aquella postura, y se apresuraba a tranquilizarle, y a procurar infundirle un valor que no cabía en el alma ruin de aquel desdichado.

Iba a darse una batalla decisiva; ardía la noble sangre española en las venas de nuestros soldados; todos los cuerpos de ejército se disputaban la honra de formar la primera línea, y únicamente Andrés deseaba ardientemente ocupar el último puesto de la última retaguardia, y aun más atrás si pudiera ser, ya que el estado de su salud no le permitía quedarse en el hospital al cuidado de las Hermanas de la Caridad.

Juan aceptaba el peligro con ánimo tranquilo, confiado en la misericordia divina, y con la satisfacción de que si la suerte le era contraria moriría bendecido de Dios y sería eternamente llorado por todos los que habían conocido sus nobles prendas, y la patria no abandonaría a su anciano padre y éste cuidaría de Teresa, que tendría a orgullo haber sido amada de un valiente, y no cedería al halago de otro amor.

El regimiento de Juan y Andrés fué uno de los destinados al puesto de mayor peligro.

El enemigo se batió bien, y el choque fué terrible, sin que en algunas horas cesase ninguno de los contendientes; agotadas las municiones y estrechadas las distancias, trabóse uno de esos horribles combates al arma blanca, en los que no hay más arbitrio que matar ó morir, y en los que el que cae herido es pisoteado por los demás, y en los que se ejecutan los actos más crueles, y se ven cadáveres horriblemente mutilados y desfigurados, entre los que difícilmente reconocería una madre a sus hijos, ni la hermana al hermano, ni la esposa al esposo.

Juan cerró los ojos, se metió entre los enemigos, y encomendándose a la Santa patrona de su pueblo, se abrió paso, hiriendo y matando, en defensa de su vida y de la felicidad de Teresa.

Sólo un milagro de la Santísima Virgen pudo librar a Juan de las armas enemigas; los soldados contrarios quisieron en vano destruir aquel poderoso enemigo, y muchos de ellos mordieron el polvo, atravesados por la bayoneta de Juan, manejada con sin igual destreza. Pronto se ensanchó el círculo en que se hallaba encerrado Juan; los soldados enemigos empezaron a creer que aquel hombre estaba dotado de un poder sobrenatural, y viendo muertos a sus jefes, huyeron cobardemente a la espesura de un bosque próximo, con ánimo tal vez de atraer allí al soldado español, y apoderarse de él. Pero Juan no los siguió; había visto caer del caballo en medio de algunos de sus adversarios al jefe de su regimiento, y allí voló a salvarlo, si Dios se lo permitía. Y le salvó en efecto, y sobre sus hombros le condujo herido a sitio menos peligroso.

Esa acción valió a Juan que el mismo general estrechase afectuosamente su mano, y que sus compañeros le colmasen de bendiciones y le abrazasen tiernamente.

Y el enemigo emprendió la retirada, dejando el campo cubierto de los sangrientos despojos de la lucha.

Calmada la efervescencia del combate, Juan buscó en las diezmadas filas de su batallón a su compañero Andrés.

Andrés no estaba entre los soldados.

— ¿Habrá huído? se preguntó Juan, que conocía el poco ó ningún valor personal de su compañero.

Pero su noble corazón rechazó al momento esta suposición. No le parecía posible, y no es posible en efecto que un soldado español, por miserable que sea, se atreva a volver la espalda al enemigo, cuando se halla entre sus compañeros que, llenos de amor patrio, y obedeciendo a la voz del honor, corren al combate a vencer ó a morir como buenos y leales.

— ¿Habrá sido herido? ¿habrá muerto? se preguntó después, y esta idea oprimió su corazón y llenó sus ojos de lágrimas, como si se tratara de su hermano, de su mismo padre.

Preguntó a los soldados que habían empezado a recoger heridos, a los médicos, a las Hermanas de la Caridad; pero en vano, porque nadie había visto a Andrés.

Con permiso de su jefe, y con una linterna en la mano, sin tomar alimento, ni un instante de reposo, salió Juan a recorrer el campo, resuelto a no volver sin haber hallado a su compañero, aunque para ello tuviera que correr mil peligros.

En el momento en que emprendía aquella nobilísima acción, los cornetas tocaban a la oración; era la misma hora en que habían salido juntos de su pueblo natal Andrés y Juan.



INVIERNO

Con lentitud los copos de la nieve
Los troncos de los árboles blanquean,
Y la tierra, aterida por los hielos,
De trístima muerte es el emblema.
El aura fresca es cierto que consume,
No hay nubes azuladas y risueñas,
Ni pájaros que alegren con sus trinos,
Ni sol que anime las campiñas muertas,
Y al mirar á los niños vagabundos
Pienso con honda compasión y pena
Que es para el pobre el implacable invierno
La estación del dolor y la miseria.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

3 v. 1888 2207 2

PRIMAVERA

Los prados, antes muertos, vida cobran;
De esmeralda se adornan las praderas;
Cantan los ruiseñores, y el sol rompe
Del frío invierno la escarchada huella.
Todo á gozar convida, auras templadas
El calor de la vida doquier llevan;
Brotan los limoneros y naranjos,
Entran en vida activa las abejas,
Nubes rosadas tiñen el horizonte,
Se visten de amarillo las palmeras,
Y más alegre nos parece el cielo
Y más hermosa la mansión terrena.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

6 v. 1888 2207 2



EL EVANGELISTA SAN JUAN.

Juan se arrodilló un momento, junto al cadáver yerto de uno de sus compañeros de armas, y rogó al Todopoderoso por su hermano Andrés.

Y en medio de las sombras de la noche, que triste y sombría, como lo es siempre después de un día empleado por los hombres en destruirse, tendía su fúnebre manto sobre aquel campo de horror, comenzó á reconocer los cadáveres uno por uno.

CARLOS FRONTERA.

(Se concluirá.)

EL CALDEO DEL HOGAR

(Continuación.)

ESTUFA ECONÓMICA



CUPÁNDONOS, en primer lugar, en dar á conocer á las familias *el medio más económico* de caldear por igual las piezas que ocupen, necesariamente habremos de prescindir de la ostentación, ateniéndonos, sin con-

sideración de ningún género, á lo más conveniente para conseguir el objeto deseado con el menor gasto posible. Bajo esta hipótesis, en la estufa nos habremos de fijar primero en si el orden que hemos de seguir consiste en empezar por lo más económico para terminar en lo menos, ó sea en lo de lujo. El fundamento de este orden consiste en que, comparando la chimenea con la estufa, lo mismo en el estado en que hoy se hallan que modificados hasta la perfección ambos aparatos, siempre resultará que la primera cuesta más y caldea menos que la segunda; luego de ésta trataremos primero, si por lo más económico hemos de empezar.

Suponiendo ya la casa preparada con las comunicaciones superiores, veamos en dónde y cómo establecemos la estufa *única* que ha de proporcionar el caldeo de todo el hogar doméstico. Según hemos indicado, hacia el centro de la habitación, si es posible, elegiremos cualquier pieza en donde poder construir un recinto ó tambor de un metro á 1,50 metros cuadrados de planta, como generalmente se hace para un excusado. Este recinto va á constituir el calorífero, y por tanto, allí estableceremos

la estufa con su tubo en espiral ceñido á las cuatro paredes desde encima de la puerta hasta el techo, pudiendo tener así un buen desarrollo, según conviene para sacar el mejor partido del calórico desarrollado por el combustible, sin pasar de seis ú ocho metros en su parte tendida hasta tomar la dirección hacia el tejado.

Este recinto no necesita tener puerta, sino una cortina *que no llegue al suelo*, dejando por abajo una altura de 40 centímetros libres para la entrada del aire frío. La salida del aire caliente tendrá lugar por las comunicaciones superiores en los cuatro costados, si está rodeado de habitaciones para facilitar todo lo posible la libre circulación del aire.

El tubo, después de marchar por dentro del recinto, como hemos dicho, saldrá al patio más próximo si el piso ó los pisos superiores no sufren igual preparación, que sería lo más conveniente. En este caso, colocando todos los caloríferos á plomo, lo mejor es que el tubo suba verticalmente por dentro de los caloríferos superiores, hasta salir al tejado. Esta disposición de la salida de humos ofrece cuatro ventajas dignas de tenerse en cuenta:

1.^a No hay necesidad de aproximarse a ningún patio al elegir el sitio del calorífero.

2.^a Subiendo el tubo hasta el tejado por dentro del edificio, no sufrirá el enfriamiento que en el patio, en donde el calor es completamente perdido.

3.^a Ese calor, que en el patio es perdido, se aprovecha en los caloríferos superiores, y como dentro de éstos ha de estar más abrigado, conservará el tubo mucho mejor el calor necesario para producir el tiro, lo cual indica que necesitará emplearse menos cantidad de combustible para conseguir el mismo efecto.

4.^a Subiendo los conductos de humo por lo interior de la casa, el tambor que los protege, al pasar por los sotabancos, puede servir de calorífero a éstos, cuyos vecinos disfrutarán del caldeo, *sin gasto alguno*, en su morada, disponiendo entrada baja y salida alta al aire en dicho tambor, y las aberturas superiores en todas las piezas.

Esta última circunstancia viene a confirmar lo que dijimos sobre el cambio que ha de sufrir el caldeo en general; pues mientras hoy se gasta el dinero sin conseguir el abrigo deseado, llegaría el día, para algunas familias, de poder vivir abrigadas y *sin gasto alguno*.

En habitaciones de reducido número de piezas, ninguna necesidad hay de crear un recinto especial para la estufa, bastando colocarla donde menos estorbe, y con ayuda de las comunicaciones superiores se caldearán todas las piezas.

Si, por el contrario, la habitación es muy grande, exigiendo que el aire vaya demasiado lejos, podrán establecerse dos estufas para compartir entre ambas el caldeo total.

La estufa puede ser medio exclusivo ó auxiliar, según que se acuerde poner una ó dos estufas, ó una chimenea en la sala y una estufa, para completar el caldeo en el resto de la casa. En fin, son tantos y tan variados los casos prácticos, que necesariamente ha de quedar la elección á juicio del arquitecto encargado de preparar la casa, según las condiciones especiales de ésta y de las familias que la han de habitar. No es posible, ni hace falta tampoco, establecer reglas fijas para anticipar la elección.

CHIMENEA ECONÓMICA

Este primer modelo de chimenea, que con gran economía ha de proporcionar el caldeo y ventilación del hogar doméstico, abarca todo lo referente á la de lujo, ó más bien, esta segunda será del mismo modelo, con algunas imperfecciones económicas en pro de la ostentación; de modo que, explicada detalladamente la primera, tendremos casi todo el camino andado para después, y en pocas palabras decir en qué consiste la de lujo.

El nuevo y económico sistema de caldeo que nos ocupa abarca varias cuestiones de muy distinta índole, requiriendo tratarlas separadamente, y una vez conocidas, fácilmente se deducirá el conjunto armónico necesario á nuestros fines. Preciso es que hablemos del *hogar* para conocerlo á fondo antes de emplearlo. Este hogar necesita alimentarse de comburente, y por lo tanto, no podemos prescindir de estudiar el mejor modo de disponer la *toma de aire*. Habremos de hablar también del máximo aprovechamiento del calórico, para lo cual hay que ver de aumentar todo lo posible la *superficie de caldeo*. Nos ocuparemos también en la *ventilación* desde los dos aspectos distintos, é igualmente importantes, de ventilación y saneamiento del aire. Haremos, además, una reseña de las *condiciones generales de la casa*, y, por último, veremos cuáles son las inmediatas consecuencias del sistema que proponemos, con relación á los diferentes habitantes de una población que viven en vecindad, ó sean las *ventajas colectivas*.

Tenemos en cuenta lo ocioso que sería alargar considerablemente el presente escrito con cálculos numéricos, en razón á que para los profanos son inútiles; y con respecto á los facultativos, les basta y sobra el conocer la disposición general del sistema para adaptarlo cumplidamente á los casos prácticos que se les presente. Hecha esta advertencia, demos principio á nuestro estudio sobre los diferentes puntos ya enunciados.

Hogar.—Al establecer un hogar, preciso es, ante todo, tener en cuenta la clase de combustible de que se dispone, por cuanto cada uno tiene condiciones distintas de los demás, y por lo tanto, en armonía con las mismas han de estar las del hogar. Como nos referimos principalmente á Madrid, y además tratamos de economizar todo lo posible el coste, el combustible indicado para nuestro fin es el cok. Cualquiera otro que aquí empleemos resultará más costoso, si, por ejemplo, es la hulla, y todavía con mayor razón si se gasta leña de olivo ó de encina. Habiendo indicado nuestro propósito

de tratar del segundo modelo de chimenea, *la de lujo*, que ya no será tan económica como la presente, allí hablaremos de los demás combustibles, y así quedará explicado lo que se ha de hacer en las localidades desprovistas de cok barato.

En armonía con la extensión de la habitación que se trata de caldear ha de estar el tamaño del hogar, por lo cual hará falta disponer de varios tipos para aplicar cada uno donde convenga. Si es pequeño para las necesidades locales, será insuficiente, y si, por el contrario, es demasiado grande, habrá desperdicio de combustible y no se satisfará, por tanto, á la economía que buscamos.

Proponiéndonos aprovechar el calórico todo lo posible, sabiendo lo mal que el aire se caldea por radiación, habremos de procurar que dicha operación se efectúe por contacto del aire contra la superficie caldeada. Para esto es preciso que construyamos nuestro hogar ya con el propósito de transmitir el calórico lo mejor posible, y para tal fin, sólo los hogares metálicos, ó sea de hierro fundido, habremos de emplear, con *exclusión completa de los de barro*, por lo imperfectamente que estos últimos transmiten el calor á través de su masa.

Para aprovechar todo lo posible el calórico producido por el cok, habremos de utilizar primero todo su calor irradiado en superficie caldeada directamente, y después, con objeto de que los conductos de humo nos faciliten el mismo propósito, lo que nos importa es que los gases vayan á la mayor temperatura posible. Para conseguir esto no hay más que un medio, que consiste en hacer que *toda el aire pase por la masa de combustible*, ó lo que es lo mismo, que el hogar ha de ir provisto de trampillas *para sólo abrirlas al añadir cok*. Si las dejamos abiertas, en seguida se enfrían los conductos de humo, y ya no hay medio de aprovechar bien el calor, por marcharse con la gran corriente de aire que se establece. Este es el principal cuidado que han de tener los vecinos que quieran caldear su habitación con economía, *tener el hogar siempre cerrado*, y, como hemos dicho, no abrir sino lo estrictamente necesario para echar carbón. Otro grave defecto de la chimenea común, y del que no hemos hablado, estriba precisamente en esto que nos ocupa: la corriente de aire que sin pasar por el fuego se marcha enfriada al conducto de humo, y aunque tratáramos de utilizar su calor, lo conseguiríamos muy reducidamente. En vista de nuestra terminante prescripción de *tener siempre cerrado el hogar*, podrá objetárenos que no se va á ver el fuego. Es cierto; pero lo es también que el ver arder el combustible *cuesta muy caro*, y por tanto, este gusto lo dejamos para el que consienta en pagarlo, pudiendo entonces emplear la chimenea de lujo, si tan indiferente le es la economía. Después de todo, no es más que un tonto capricho el ver ó no ver el fuego; con tal de que la habitación se ponga á un temple delicioso, poco importa que la chimenea esté triste ó alegre, del mismo modo que poco nos importa verla apagada en el verano. En fin, en la imposibilidad de establecer un centinela en cada chimenea, para que la tengan siempre cerrada, llegamos hasta donde podemos llegar, que es á demostrar lo costoso que resulta el ver el fuego; y ya á sabiendas, cada uno es dueño de disponer de su bolsillo. Si el hogar ha de permanecer cerrado, se nos podrá decir también que es más estufa que chimenea lo que proponemos. Tampoco es estufa: es chimenea en la apariencia por su embocadura; pero en rigor es *el calorífero al alcance de los que hoy no pueden aspirar á él*. Lo que menos importa es el nombre: lo esencial es nuestro intento de proporcionar un sistema de caldeo que reúna todas las ventajas, y algo más que las conocidas, y ninguno de sus inconvenientes.

Disponiendo el hogar de modo que todo el aire llamado por el tiro pase por el combustible, la combustión se activa; y como no es conveniente precipitarla demasiado, por cuanto nos ocasionaría gasto superfluo, hemos de proveer de *registro* la salida de humos del hogar; y teniendo en cuenta las inexpertas manos que lo han de manejar, convendrá que nunca pueda cerrarse del todo, sino que su máximo cierre todavía deje paso á los gases de la combustión. Es decir, que se abrirá para el momento de encender y después se cerrará casi del todo, contando con que siempre deja paso á los gases procedentes de *una combustión lenta, á la que debemos aspirar*.

La propagación del calor del hogar nos ha de proporcionar el caldear el aire por su frente y por su respaldo. Siempre que el hogar propiamente dicho sea de hierro fundido y forme un cuerpo con la plancha que ha de llenar todo el hueco de la embocadura de mármol, tendremos entonces que el aire de la habitación, á su contacto con esta plancha y con las puertecillas del hogar, se estará caldeando constantemente, constituyendo el *caldeo*

anterior. Respecto al *caldeo posterior*, ó sea lo que el respaldo de la plancha de embocadura y el del hogar nos ha de ayudar á obtener en el aire, que haremos circular por dicho sitio, es grande, ya que se puede aumentar mucho la superficie de caldeo del modo siguiente. Tanto para la chapa de embocadura como para el hogar, dispondremos el modelo erizado de nervios *verticales* de 8 ó 10 centímetros de ancho, de todo lo largo de la plancha y del hogar, delgados y próximos cuanto más mejor para aumentar su número. De este modo, como los citados nervios forman un cuerpo con el hogar y la plancha, se calentarán perfectamente por lo bien que el metal transmite el calor, y así tendremos aumentada considerablemente la superficie de caldeo del hogar, por el respaldo que se ha de hallar en lo interior de nuestro calorífero doméstico.

ANTONIO MONTENEGRO.

(Se continuará.)

LA PROCESIÓN DE SANTA MADRONA

COSTUMBRES QUE SE VAN.

A la noble Barcelona
Ja que Deu vos hi ha portat
Dolça patrona
Santa Madrona
Protegiu nostra ciutat.

(Mossen JASCINTO VERDAGUER,
Barcarola de Santa Madrona.)



La antigua Barcelona tenía mucha devoción á sus santos patronos; aun lo atestiguan los nombres de sus calles, pues no contenta con poner bajo la protección de sus patronos las calles de la vieja ciudad, los repite en el barrio marítimo de la Barceloneta. Ningún hijo de la ciudad condal dejaba de asistir á la Catedral el día de Santa Eulalia, de visitar el cuerpo santo de San Olegario el día 6 de Marzo, de rogar ante las reliquias de San Paciano el día 9 del mismo mes y de visitar la iglesia en donde se guardaba el cuerpo de Santa Madrona el 15 de Marzo. En este día tenía además lugar en Barcelona una fiesta popular dedicada á la segunda patrona de la ciudad, fiesta tanto ó más popular que la de su patrona y compatriota Santa Eulalia.

Un prodigio trajo á nuestro puerto el cuerpo de Santa Madrona, y tanto la hemos querido los barceloneses que la concedimos carta de naturaleza en nuestra patria. La tradición nos dice que la humilde esclava de Tesalónica fué hija de Barcelona, cosa que no disputaré á nadie; pero que á fuer de barcelonesa y devoto de la Santa, me complazco en creerlo. Mas, ¡cosa rara! mientras que Santa Eulalia siempre ha tenido en nuestra ciudad templos magníficos dedicados á su nombre, como lo son nuestra Catedral y Santa Eulalia del Campo, dedicado este último más tarde á Santa Eulalia de Mérida y derribado en 1715, Santa Madrona no tuvo más que una pobre capilla que después se trocó en convento de capuchinos en la montaña de Montjuich, en el lugar en donde se desembarcó el cuerpo santo de la virgen mártir; convento é iglesia que trasladóse después á la Rambla de Barcelona, y posteriormente á la calle de Fernando VII, siendo todas estas iglesias como pertenecientes á los PP. Capuchinos, iglesias pobres.

Sin embargo, á pesar de lo dicho, era antes de 1835 la fiesta de Santa Madrona una de las más populares de nuestra ciudad.

Ha pasado más de medio siglo y aun me parece verlo.

En la iglesia de Capuchinos dedicada á Santa Madrona, en donde se guardaba el cuerpo santo en su altar mayor, se celebraba la fiesta de la Santa esclava y á ella asistía el Ayuntamiento como heredero de los venerables Concelleres, á quienes pertenecían las santas reliquias, y concluidos los divinos oficios salía de la iglesia una procesión en la cual era llevado en andas, bajo palio, el cuerpo santo de nuestra Compatrona, sosteniendo las varas los individuos del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad en nombre de Barcelona entera, acompañando la procesión el Excmo. Cabildo Catedral. Esta procesión era diferente de todas las que se celebraban en nuestra ciudad.

No se componía de hombres y niños con velas ó blandones, ni en hábitos de penitencia; formábanla toda niños y niñas, éstas en su mayor número, pero todos, en lugar de sus trajes ordinarios, vestían el sayal de peregrino; los ricos ostentaban valiosas joyas, los pobres vestían humildemente, interpolando con los niños hermosas niñas vestidas á la antigua romana, sosteniendo en sus manos un buque y una palma, coronadas de rosas, simbolizando á la santa

patrona de nuestra ciudad. ¿Por qué vestir á las niñas y niños de peregrino? Esto no he podido averiguarlo nunca, sólo sé que el pueblo sencillo decía que en tiempos remotos muchos venían de lejanas tierras peregrinando para visitar en nuestra ciudad el sagrado cuerpo de Santa Madrona.

La procesión era larga, contándose á centenares los pequeños peregrinos, y en particular los hijos del pueblo eran los que figuraban en mayoría. Eran de ver las alhajas que las niñas y niños lucían, porque la madre que no las tenía las pedía prestadas.

Santa Madrona es la patrona de los pobres de nuestra ciudad; pues ella fué una infeliz esclava y los pobres hacían que sus hijos acompañasen el cuerpo santo.

Ninguna procesión era más pintoresca ni más popular. Al pasar las reliquias de la virgen mártir todo el mundo se hincaba de rodillas, y las personas más devotas besaban el suelo.

Hoy todo ha cambiado.

El funesto viento de la libertad arrojó de su morada á los Padres Capuchinos, convirtiendo el solar de su convento en lo que se llama Plaza Real, y el cuerpo santo de nuestra patrona, después de haberse salvado por milagro de los horrores de la revolución, ha recorrido la mayor parte de las iglesias de Barcelona en busca de albergue. Por fin, se levanta hoy una parroquia á la falda de la montaña de Montjuich, en donde milagrosamente desembarcó en el siglo x el cuerpo santo. Pero esta iglesia, como todas las que desde remotos tiempos estuvieron dedicadas á la Santa, es pobre también, y además situada en un barrio pobre.

La humilde esclava huye del fausto y se complace en habitar entre los pobres.

Sin embargo, Barcelona la ama, y el 15 de Marzo todas las clases de nuestra sociedad visitarán al cuerpo santo de la pobre esclava. Ningún católico barcelonés deja de amarla. Conservan aún en la iglesia provisional, á la cual ha de sustituir la parroquia que se está levantando, el hermoso cuadro que formaba el altar mayor de los Capuchinos, en el cual se ve á Santa Madrona que desde el cielo mira á nuestra ciudad, mientras que el Conceller, en cap de la misma, ofrece á nuestra Patrona, puestos en un azafate de oro, los corazones de los hijos de Barcelona.

Esta pintura es hermosa, siendo fiel testimonio de la fe de nuestros mayores.

Cuando las reliquias de la Santa estén colocadas en el nuevo templo que Barcelona levantó en su obsequio, esperamos que volverá á reanudarse la costumbre de la antigua procesión. ¿Volverán los hijos del pueblo barcelonés á obsequiar á su santa Patrona?

¿Veremos aquella multitud de niños y niñas vestidos de peregrinos, luciendo valiosas alhajas, acompañando al cuerpo santo?

¿Volverán los descendientes de los Concelleres á sostener las varas del palio que cobija los restos de la pobre esclava?

¿Se oirá retronar el cañón del castillo de Montjuich, como más antiguamente sucedía, al salir del templo las santas reliquias saludadas por el repique de campanas de la mayor parte de los templos de Barcelona?

¿Sucederá esto, Dios mío?

No podemos decirlo.

Hoy la esclava de Tesalónica ve desde el cielo cómo su patria adoptiva la levanta un templo ante las casas do se albergan sus queridos hermanos, los pobres, en el llamado *Poble Sec*.

Si un día nuestro pueblo, despreciando á esos coriteos de la impiedad que tantas promesas le han hecho sin cumplirle ninguna, arroja las malas lecturas de papeluchos callejeros y relega á los autores de éstos en el lugar que les corresponde, recurriendo al verdadero remedio de sus males, que es nuestra santa Religión, entonces se acordarán de su santa hermana, la pobre hija del pueblo; á ella acudirán en sus necesidades, y el día 15 de Marzo, fiesta de Santa Madrona, vestirán á sus hijas y á sus hijos de peregrinos y acompañarán en la procesión el cuerpo santo, presididos por nuestro Excmo. Ayuntamiento y Cabildo Catedral entre los gritos de júbilo, el repique del bronce sagrado y el estampido del cañón del castillo de Montjuich, y recordará la ciudad entera el regalo que la hizo el cielo trayéndole desde Grecia el cuerpo de su santa Patrona.

FRANCISCO DE PAULA CAPELLA.

(De El Correo Catalán.)

JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

CIRCULAR DEL EXCMO. É ILMO. SR. ARZOBISPO DE VALLADOLID, SOBRE EL JUBILEO SACERDOTAL DEL PAPA LEÓN XIII.

Venerables hermanos y amados hijos: Hace dos meses levantamos nuestra voz, y en unión con nuestros Venerables Hermanos los miembros todos del Episcopado español, protestamos públicamente contra los desafueros de que es objeto el Vicario de Cristo en la tierra, y los viles ultrajes é insultos con que tratan de amargar más y más la venerable ancianidad de nuestro Santísimo Padre León XIII hombres afiliados á sectas tenebrosas, poseídas de odio satánico contra la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo.

Hicimos pública en el *Boletín Eclesiástico* la protesta, para que os asociaseis de corazón á ella como hijos fieles á quienes hiere el que ofende á su Padre, y sabedores de las tribulaciones de éste le procuraseis consuelos del cielo con vuestras fervorosas plegarias, y auxilios de la tierra con el óbolo de la caridad filial, y con el testimonio público y constante de vuestra fidelísima adhesión.

Estos mismos sentimientos nos proponemos excitar hoy en vosotros, pero con un motivo de cristiana y piadosa satisfacción. En el último día de este año se cumplen los cincuenta de la ordenación sacerdotal del gran Pontífice. En todo el mundo se preparan los hijos de la Iglesia católica á celebrar santamente el Jubileo Sacerdotal, las *Bodas de Oro* del sapientísimo León XIII. Hijos suyos nos llamamos y somos: asociémonos, pues, con toda nuestra alma á los miembros todos de la gran familia católica en esta demostración de fe y de amor, y no haya uno sólo que deje de acudir al llamamiento. Mientras hijos ingratos causan al paternal corazón de Su Santidad tantas amarguras, es muy justo que los hijos fieles no pierdan ocasión de aliviar sus penas y darle motivos de consuelo.

Ved lo que en carta circular dirigida á todos los Prelados católicos nos dice el Emmo. Cardenal Schiaffino, Presidente honorario de la Junta organizadora de esta gran manifestación católica:

«Excmo. é Ilmo. Señor:

«Elegido para la Presidencia honoraria de la Comisión establecida con el objeto de festejar el Jubileo Sacerdotal de Su Santidad el Papa León XIII, he creído conveniente dirigirme á V. E. I. para comunicarle la elección que se ha hecho de mi humilde persona, sin otro mérito mío que el conocido filial afecto que profeso al glorioso Pontífice; y para suplicar ardientemente á V. E. I. que se digne, con todas las fuerzas de su celo pastoral y de su afecto al Pontífice y á la Iglesia, prestar su valioso concurso á la obra felizmente iniciada.

«Al conocido talento de V. E. I. no puede ocultarse que, en esta ocasión, el testimonio de amor filial y de gratitud al Sumo Pontífice por las obras gloriosamente cumplidas tiene una significación que, me atrevo á decirlo, va más allá de la augusta persona á quien se dirige.

«Se trata de mostrar á aquellos de nuestros hermanos extraviados que afectan creer que la fe es vencida y casi apagada por los golpes de la incredulidad cuán vigorosa está, muy al contrario, y cuán llena de vida: se trata de presentar á la sociedad, dividida en partidos enemistados entre sí, esa otra sociedad católica que, animada por el espíritu del Señor, encuentra en la Cátedra de San Pedro y en el magisterio del Vicario de Jesucristo una maravillosa unidad de entendimiento y de corazón.

«Desea la Comisión promotora, y lo mismo creemos de todos los católicos, que, en el faustísimo día del Jubileo Sacerdotal del Papa, esos dos hechos de la poderosa vitalidad de la fe y de la unión íntima de los fieles tomen forma sensible en las señales de afecto que los católicos del mundo entero vendrán á depositar á los pies del Padre venerado de las almas y del moderador de sus conciencias.

«Todas las diócesis, todas las provincias, todas las naciones, reunidas en torno de la Cátedra Vaticana, han de mantener clara y distinta su personalidad; pero es necesario que sobre esa muchedumbre vean todos cernerse el espíritu de Dios, y que lleve el voto y la promesa de Jesucristo: *Sint unum... Ecce ego vobiscum sum*.

«Esta manifestación es tan alta, tan conforme al espíritu cristiano, y por otra parte, salva tan eficazmente los justos derechos y los deseos de todos, que la Comisión promotora no puede en modo alguno dudar que V. E. I. empleará todo su celo para que resulte siempre más espléndida, constitu-

yendo Juntas que atiendan á su preparación y organización.

«Y cuanto más expedita sea la obra que V. E. I. se esfuerce en promover, tanto mejor asegurado verá el buen orden y la recta disposición, que en semejantes casos no es pequeña la parte que le cabe en el buen resultado de la empresa.

«Aprovecho gustoso esta ocasión para besarle rendidamente las manos y ofrecerme de V. E. I.

«Roma, 14 de Noviembre de 1886. — Humílimo siervo, D. P. M. Cardenal Schiaffino.»

A esta invitación responden las naciones todas con entusiasmo que crece á medida que se acerca el gran día, y ese movimiento general del pueblo católico ofrece un espectáculo grandioso y significativo. Es una prueba evidente de que su fe no está vencida, ni siquiera amortiguada por los satánicos esfuerzos de la incrédula impiedad, sino que por el contrario, cuanto más se la combate, más viva y vigorosa se ostenta. Como en otras naciones, y más que en ellas vive la fe en España, y se prepara á ocupar su puesto de honor en la ocasión presente. Castilla no quedará atrás; estamos seguros de ello.

¿Qué hemos de hacer, preguntará acaso; qué hemos de hacer por el Papa, por cuya conservación bendicimos á Dios, cuyas tribulaciones nos afligen, cuya libertad y triunfo deseamos con toda nuestra alma? Escuchad la respuesta:...

«He aquí la pregunta que todo buen católico se dirige á sí mismo particularmente en estos momentos en que la augusta y veneranda cabeza de la Iglesia católica se halla acibarada por tantos males como oprimen á la sociedad, y tantos daños como se han acarreado á la mística Esposa de Jesucristo, por la encarnizada guerra que se levanta de todas partes por desnaturalizados hijos ó poderosos perseguidores.

Hacen esta pregunta particularmente los que animados de vivo espíritu de fe y de sincero amor á Dios, á su Iglesia y á su Vicario, con todo sienten la obligación de hacer cuanto deben y cuanto pueden, acordándose oportunamente de que cuando la Iglesia está atacada y el Papa combatido, todo fiel cristiano es y debe ser soldado para pelear enérgicamente las santas batallas del Señor.

Se ha dado ya la respuesta á esta importantísima pregunta y los hechos y los acontecimientos que se han verificado y que se están preparando para el porvenir la vuelven más clara, más completa y más evidente, por cuanto con facilidad se comprende por cada uno que no basta deplorar el mal y declamar estérilmente haciendo votos por el próximo triunfo de la justicia, de la verdad, del derecho, de la Iglesia y del Pontificado, sino que es indispensable que á este trabajo de defensa de la Iglesia conculcada y oprimida y del Pontificado vilipendiado y hostilizado, concurren según sus propias fuerzas todos los que con la unión del santo Crisma en sus frentes fueron hechos campeones y soldados de Cristo.

Por el Papa, pues, pueden hacerse cuatro cosas importantísimas y eficacísimas, que son las siguientes:

I. Orar. — II. Dar. — III. Hablar. — IV. Trabajar.

Examinemos brevemente uno á uno estos medios de acción por la Iglesia y por el Papa.

I. ORAR. — La oración es el arma principalísima, más formidable y poderosa del creyente católico. Nuestro Divino Redentor la ha enseñado y fortalecido él mismo, y muchas veces ha dicho que el hombre y el cristiano obtienen sólo con la oración todos los bienes y pueden librarse de todos los males.

Con la oración el hombre se pone en comunicación directa con Dios, y le presenta sus súplicas y le expone sus necesidades en aquella forma sublime y en aquel lenguaje casi celestial y sobrehumano al que no resiste mucho tiempo la misericordia divina.

Donoso Cortés ha dicho que si hubiera una sola hora sin oración, sería la última del mundo.

Es necesario, pues, orar, orar bastante, orar fervorosamente por la Iglesia y por el Papa, para que Dios conceda á entrambos gracias especiales y abrevie para ellos y para nosotros el tiempo de la prueba y de la tribulación.

II. DAR. — No sólo se debe orar por la Iglesia y por el Papa sino que también se debe dar.

Pero ¿qué debe darse?

Ante todo debe darse aquello de que el Jefe de los fieles tiene mayor necesidad.

En estos tiempos el Romano Pontífice ha sido despojado de todos sus bienes, de todo su derecho, de todas sus rentas. Es pobre, santamente pobre y en su augusta pobreza desprecia y rechaza los subsidios de sus enemigos y despojadores, como no busca ni quiere para esto la ayuda de los poderosos del siglo y de la tierra. Se entrega completamente al amor de sus hijos, acepta con reconocimiento el óbolo de la caridad cristiana, como el Divino Re-

dentor recibió con gozo el óbolo de la pobre viuda y del menesteroso.

Con el *Dinero de San Pedro* subvenimos á nuestro común Padre é impedimos que extienda la mano á quien le hiere y oprime, y salvamos así el último baluarte de su libertad é independencia que sus enemigos nunca le podrán arrebatarse, mientras sus hijos cumplan el santo deber de socorrerle y aliviarle.

Con esto le proporcionamos ocasión de satisfacer de algún modo la ardiente caridad que anima su corazón generoso y paternal, puesto que el dinero de San Pedro puede llamarse en verdad el dinero del pobre y del desamparado. Lo hemos visto no hace mucho al anuncio de la tremenda catástrofe que ha llevado la desolación y la muerte á la isla de Ischia; el primero que ha enviado allí socorros y auxilios fué el Santo Padre León XIII: lo hemos visto en el terrible azote que atacó á Marsella, Tolón, Nápoles, que invadió la España y aflige ahora á la pobre Palermo, y lo vemos en toda pública calamidad. León XIII en medio de la grave estrechez en que se halla no oye más que la voz de su inagotable amor para quien está herido por la desventura y el dolor.

III. HABLAR. — Todo lo que tenemos se nos ha dado para que lo usemos en servicio de Dios, de la Iglesia y del Papa.

El que no puede dar, que hable altamente y en todas partes del Papa; que proclame su suprema dignidad, que reivindique sus conculcados derechos, y con la palabra, por escrito, con la pluma, con la imprenta, haga comprender á todos cuán sacrosantos é imprescriptibles son sus derechos, cuánto ayuda su influencia moral para el bien de la sociedad, cómo solo el Pontificado sabe, puede y quiere dar al hombre y á los pueblos, á la familia y á las naciones, con el bien supremo del alma y del corazón, la paz y tranquilidad posibles en este miserable valle de lágrimas y de dolor.

IV. TRABAJAR. — El que no puede dar, el que no puede hablar por el Papa, siempre podrá orar, y aun trabajar y trabajar eficazmente por la santa causa de la Iglesia y del Pontificado.

Se trabaja por el Papa, tanto viviendo cristianamente, cuanto obrando públicamente en su favor con los medios humanos civiles y sociales que siempre están á disposición de los católicos.

Así trabaja por el Papa quien con celo y con premura favorece y difunde la prensa católica, quien se emplea con actividad y con constancia en las obras de las asociaciones católicas, quien hace no solo todo lo que está ordenado por el Papa, sino todo lo que éste desea, y omite todo lo que éste condena y reprueba.

Para que esto se haga especialmente con motivo de los festejos por el Jubileo Sacerdotal del Papa León XIII, la *Comisión promotora* de ellos propone como más propias para celebrar este glorioso aniversario las obras siguientes:

1.^a Una *santa alianza de oraciones* para alcanzar de Dios el triunfo de la Iglesia, la libertad é independencia de la Silla Apostólica y la conservación del Sumo Pontífice León XIII.

2.^a Una *Exposición Vaticana* de obras de la industria y el arte cristiano, especialmente de objetos destinados al culto católico, ofrecidos en obsequio á S. S., que los distribuirá entre las iglesias pobres.

3.^a Una *colecta* que, como limosna de la Misa que celebre en el memorable día de sus *Bodas de Oro*, se entregará al Santo Padre para alivio de las necesidades de su augusto ministerio.

4.^a *Peregrinaciones* al sepulcro de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo en el Vaticano.

La primera de estas obras sólo exige que seamos ricos de fe y de amor, aunque seamos muy pobres de bienes terrenos. Oremos, oremos sin intermisión, oremos con fervor, purificando nuestras almas en el Sacramento de la Penitencia, y uniéndonos por medio de la sagrada comunión al Corazón divino de Jesús, por quien lleguen al Padre nuestras plegarias, y descendan sobre el Sumo Pontífice, sobre la Iglesia toda y sobre nosotros tesoros de gracia y de fortaleza incontrastable.

La segunda y la tercera están también al alcance de todos, ya que reunidas pequeñas ofrendas pueden formar un donativo considerable. Pobre es la generalidad de los fieles de la Diócesis, pero la ofrenda se mide más por el afecto con que se hace que por el valor que representa. No se trata de competencias en lo material, sino de no dejarnos vencer de otro alguno en la sinceridad del afecto con que en la medida de nuestras fuerzas contribuyamos al alivio de las necesidades de nuestro Padre.

Consuelo especial tendríamos si lográsemos presentarnos á él en sus Bodas de Oro acompañados de numerosa peregrinación de fieles de nuestra amada Diócesis, y no renunciásemos á la esperanza de lograr esta satisfacción.

A fin, pues, de que se organice en la Diócesis la manifestación propuesta y se desenvuelva ordenadamente el plan anunciado, los Párrocos en cada localidad leerán esta Circular á los fieles en el primer día festivo. Constituirán comisiones que se ocupen en esta santa obra, dando conocimiento á nuestra Secretaría de Cámara de las personas que las formen, para ponerlas en comunicación con la Junta diocesana que bajo nuestra presidencia dirigirá en esta capital los trabajos de las comisiones.

Valladolid 13 de Febrero de 1887. — BENITO, *Arzobispo de Valladolid*.

El Sr. Obispo de Palencia ha publicado la siguiente exhortación:

«Al Venerable Clero y amados fieles de esta Diócesis: En el día 31 de Diciembre del presente año se cumplirá el quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de Nuestro Santísimo Padre el Sumo Pontífice León XIII, y en la expectación de este feliz suceso los fieles de todo el Orbe se están preparando para celebrar tan fausto acontecimiento.

En medio de las tribulaciones que afligen á la Iglesia es un espectáculo verdaderamente consolador ver el entusiasmo con que el mundo católico se dispone á manifestar sus sentimientos de amor, veneración é inquebrantable adhesión al Vicario de Jesucristo en la tierra. Esta demostración de filial afecto, al paso que llenará de consuelo el corazón atribulado de nuestro amantísimo Padre, es una prueba de la vitalidad de la fe y del vigor del espíritu cristiano, que en vano intentan extinguir los esfuerzos de las sectas anticatólicas.

Conjuradas éstas contra la Iglesia de Cristo, se valen de todos los medios para combatirla é impedir el libre ejercicio de la autoridad soberana del Pontífice, despojándole de su principado civil, injuriándole y reduciéndole á la situación más aflictiva; pero las potestades del infierno no prevalecerán jamás contra la Iglesia, porque Jesucristo su fundador está con ella sosteniéndola con su virtud poderosa, y la majestad del Pontificado brillará siempre con su esplendor divino, á pesar de las persecuciones de sus implacables enemigos.

Por eso en medio de las furiosas tempestades que agitan la nave de San Pedro, nuestra fe no desmaya, y las promesas infalibles de Dios nos dan la seguridad del triunfo. Animados de esta santa confianza y unidos en un mismo espíritu, los fieles de todas las naciones se aprestan á solemnizar con una espléndida demostración de amor ardiente y profunda veneración el Jubileo Sacerdotal de nuestro Santísimo Padre.

En este movimiento general que se nota en toda la cristiandad, España acreditará, como siempre, que no lleva en vano el nombre de nación católica, y nuestra amada Diócesis dará una nueva prueba de su conocida religiosidad y del cordial afecto que profesa al sucesor de San Pedro. Haríamos un agravio á vuestra piedad si abrigáramos la menor duda de vuestro acendrado amor á la Iglesia y á su cabeza visible, y estamos seguros de que así lo manifestaréis en ocasión tan solemne, ofreciendo al venerable Pontífice el homenaje de vuestra afectuosa devoción y pidiendo fervorosamente al Todopoderoso que le conserve por largos años la vida, y libre de las tribulaciones que le afligen, logre ver días más tranquilos y felices. Él es nuestro Padre, nuestro Pastor, el Jefe de la Iglesia Santa de que somos miembros, y nos interesa en gran manera su libertad, su independencia y el respeto debido á la plenitud de sus derechos. Pobre y encerrado en el Vaticano, el más augusto de los Soberanos, el representante de Dios en la tierra no cuenta con más recursos que los que le proporcionan los fieles para atender á las múltiples y graves obligaciones de su elevado y sagrado cargo. Pero Dios, que vela con especial providencia sobre el supremo jerarca de la Iglesia, le depara en el amor de sus hijos dulces é inefables consuelos. Ahora que vamos á celebrar su Jubileo Sacerdotal manifestemos á la faz del mundo nuestra filial devoción al amado Pontífice y nuestro deseo ardiente de aliviar su dolor.

Mucho nos complacería que tomaseis parte en la peregrinación que se prepara para felicitar al venerable Pontífice y recibir su bendición; pero esperamos que al menos todos os asociaréis en espíritu á los peregrinos y uniréis á las suyas vuestras oraciones. Esperamos también que ninguno de vosotros dejará de contribuir con sus ofrendas, según lo permita su posibilidad, á esa magnífica exhibición, que así podemos llamarla, de fidelidad, reconocimiento y filial cariño al Padre de la gran familia cristiana.

Recomendamos á las comunidades de Religiosas, asociaciones piadosas y á todas las señoras, que procuren proporcionar objetos de culto, como casu-

llas, albas, amitos, para presentarlos en la Exposición que ha de verificarse en Roma, y aunque estos objetos no sean de gran valor, son sin embargo muy apreciables, y el Sumo Pontífice los distribuirá entre las iglesias más necesitadas.

Para promover en la Diócesis la celebración del indicado Jubileo, hemos nombrado una Junta compuesta de eclesiásticos y seglares, y encargamos á los Párrocos y Económos, que formen Juntas parroquiales presididas por ellos, las que se pondrán en relación con la Junta Diocesana y recibirán de ésta las instrucciones oportunas.

Concurramos todos á la gran manifestación católica que se prepara y hagamos ver á los enemigos de la Iglesia nuestra fe, nuestra piedad, nuestra firme é inalterable adhesión al Soberano Pontífice. Los perseguidores pueden afligirle, pero no oscurecer su gloria, y el sucesor de San Pedro, el sabio y magnánimo León XIII, destituido de todo auxilio humano, resplandece con una majestad y grandeza que asombra y confunde á sus adversarios.

Elevemos al cielo fervientes plegarias para que el fausto suceso que vamos á celebrar sea presagio feliz de días más venturosos.

Recibid, amados hermanos é hijos, nuestra Bendición Pastoral, que afectuosamente os damos, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de Palencia, á 14 de Febrero de 1887. — Juan, *Obispo de Palencia*. — Por mandato de S. S. I. el Obispo mi Señor, *Andrés Barcenilla*, Vicesecretario.

JUNTA DIOCESANA.

Presidente, Sr. D. Vicente Garrido, Canónigo Magistral. — Vicepresidente, Sr. D. Santos Martínez Estecha, Canónigo. — Vocales, Sr. D. Crescencio Lumbreras, Beneficiado. — Sr. D. Santiago López, Párroco de San Antolín. — Sr. D. Sergio Aparicio, Presbítero, Catedrático del Seminario Conciliar. — Sr. D. Juan Alvarez Vega, Presbítero, Catedrático del Instituto provincial. — Sr. D. Isidoro Inojal, Presidente de la conferencia de San Vicente de Paúl. — Sr. D. Nazario Pérez, propietario.

EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. MIGUEL JADRAQUE Y SÁNCHEZ OCAÑA, natural de Valladolid, en cuya Academia provincial hizo sus primeros estudios, cursando los superiores en la de Bellas Artes de San Fernando, donde mereció premios por su aplicación. En la Exposición celebrada en Madrid en 1862 presentó *La muerte de Aarón*. También concurrió en 1864 á la de Valladolid, consiguiendo el premio de 6.000 reales ofrecido al mejor cuadro. En Madrid, y fuera de reglamento, obtuvo medalla de tercera clase en 1871. Ha presentado en distintas Exposiciones nacionales y extranjeras, mereciendo satisfactorios juicios.

D. ANTONIO JASPE Y MOSCOSO, natural de la Coruña. En la Exposición regional de Galicia, celebrada en Santiago en 1875, presentó varios cuadros, y entre estos, *Una Concepción*, obteniendo medalla de plata. Ha presentado también en la Exposición coruñesa de 1878, en las nacionales de Bellas Artes de 1876, 1878 y 1881. En este año acompañó á la Corte en su viaje á Galicia, como corresponsal de *La Ilustración Gallega*. El año 1880 había obtenido plaza en la Escuela de Bellas Artes de Roma.

D. JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA, natural de Sevilla, en cuya Escuela de Bellas Artes siguió sus estudios, alcanzando en sus clases superiores varios premios de fin de curso. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1866 mereció mención honorífica y á más de otros trabajos expuso *Los ángeles buenos y los malos durante el suplicio de Jesús*.

En el concurso de Sevilla de 1867 presentó varios asuntos, algunos al lápiz. En otras Exposiciones anteriores de la misma capital recibió premios por la Junta calificadora. En la Exposición Nacional de 1871 merece citarse por nosotros en lugar preferente *El santo óleo*, que en unión de otras creaciones llevó á dicha Exposición el Sr. Jiménez Aranda, conquistando tercer premio fuera de reglamento.

Las numerosas pruebas del genio de este gran artista honran á España y le atraen la general admiración en el extranjero, donde reside, siendo la más justamente célebre de cuantas ha producido, *Un sermón de Pasión en el patio de la catedral de Sevilla á fines del siglo XVIII*. Se halla condecorado con la encomienda de Isabel la Católica.

D. LUIS JIMÉNEZ ARANDA, natural de Sevilla, en cuya Escuela de Bellas Artes hizo sus estudios y, como su hermano, el anteriormente citado, obtuvo

repetidos premios. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1864 alcanzó mención honorífica, así como en la de 1866. Presentó á la provincial de Sevilla diferentes cuadros y dos dibujos al lápiz en el año 1867. Después de residir algunos años en Roma se estableció en París, donde sus lienzos consiguieron merecido crédito. Ha expuesto en esa villa los años 1879 y 1880: citaremos únicamente su *Calístico francés del año 1813 orando*, pues así lo requiere nuestro propósito de hoy, y terminaremos diciendo que este renombrado pintor envió á la Exposición del Sr. Bosch el año 1882 uno de sus apreciadísimos trabajos.

D. MANUEL JIMÉNEZ ARANDA, hermano de los dos anteriores. En 1874 residía en Roma, donde pintó un *Grupo de sacerdotes en la iglesia de Asisese*. En las Exposiciones verificadas en Cádiz los años 1879 y 1880 figuró dicho señor, premiado en la primera con medalla de plata.

D. JENARO JIMÉNEZ LINDE, natural de Jaén. Presentó varios lienzos en la Exposición Nacional de 1878. Entre estos, *Visita del Prelado*. En la celebrada en Jaén el mismo año, á más de los expuestos en Madrid, concurrió con otros, dos de los cuales son: *Cabeza de San Pablo y San Juan Bautista*. Es también de su mano un retrato del sabio y virtuoso prelado D. Antolín Monescillo, actual Arzobispo de Valencia.

D. JUAN JIMÉNEZ MARTÍN, natural de Adanero, Avila. Ha presentado en la Exposición Nacional de 1876, en las de 1878 y 1881. En las del Sr. Hernandez y del Círculo de Bellas Artes expuso, entre otros cuadros, *Rogativa á la Virgen*.

D. MARIANO JIMÉNEZ PEZ. En la Exposición de Jaén de 1878 presentó: *Retrato del Excmo. Sr. D. Antolín Monescillo*, dibujo al disfumino, y dos cuadros más. Algunos de este artista se conservan en poder de particulares.

D. EUGENIO JIMÉNEZ DE CISNEROS, natural de Valdaracete, miniaturista de Cámara, muerto en 1828. Había sido uno de los primeros discípulos de la Academia de San Fernando. Consérvanse de su mano en el Casino del Príncipe (Escorial) tres obras: *Un Niño Dios*, *La Virgen de la Silla*, copia de Rafael, otra copia de Guido Reni, y otras dos obras en la Academia de San Fernando. Estuvo empleado en la fábrica de porcelana.

D. MIGUEL JIMÉNEZ Y GARCÍA, natural de Madrid. En la Exposición de Bellas Artes, celebrada en 1858 en Madrid, presentó el *Triunfo del Ave María en el cerco de Granada*. Igualmente concurrió al certamen de 1881.

D. RAFAEL JIMENO, nació en Valencia este pintor en 1759, consiguiendo á los 14 años en el concurso de premios de la Academia de San Carlos el de la tercera clase. Obtuvo en su carrera artística merecidos honores, y siendo profesor de la naciente Escuela de Bellas Artes de Méjico, falleció en el desempeño de su cargo en el primer tercio del siglo actual. Ha quedado de este artista una lámina, de *La Virgen de las Angustias*, según el grupo de Adán, y otras varias. Uno de los lienzos que subsisten de su mano en el Museo provincial de Valencia representa á *San Sebastián*.

D. AGUSTÍN JIMENO Y BARTUAL, nació en Valencia en 1798 y fué bautizado en la parroquia de Santa Catalina de aquella población. Estudió en la Academia de Bellas Artes de San Carlos, y en el concurso de premios que celebró la misma en 1823 alcanzó Jimeno el primero por la pintura. Fué á Roma, y desde allí envió dos cuadros de grandes dimensiones al Rey Fernando VII, de los que el menor representaba á *Judas recibiendo el premio de su infame venta*. El Monarca le pensó, y en vista de su aprovechamiento, amplió la suma otorgada. Fué el referido pintor Académico de las de San Carlos y San Fernando.

Entre otras obras de Jimeno, deben citarse: un lienzo de *San Juan de la Cruz, religioso alcantarino, sacando á varios enfermos á la puerta de su convento*, que regaló al Sumo Pontífice; *Judit*, que figura en el Museo provincial de Valencia, y la *Asunción de la Virgen*, existente en el mismo Museo, y de que publicó un grabado el periódico *Las Bellas Artes*. Esta fué la última obra de D. Agustín Jimeno, cuya vida terminó en Roma á 6 de Mayo de 1853.

D. EDUARDO JIMENO Y CANENCIA. Pocas veces la palabra *malogrado* habrá sido más gráfica que aplicada á este inspirado artista. Nació Jimeno en Madrid en 1838 y fué hijo del distinguido pintor Don Vicente; habiéndose hecho notar primeramente por la exquisita corrección en el dibujo, y más tarde, por la inspiración de sus estudios que más parecían obra de maestro.

Reveses de la suerte obligaron á este artista á sujetar su genio y vióse precisado para subsistir y sostener á su familia á trabajos mezquinos, entre los que se cuentan numerosas copias.

Dedicaba sus ratos de descanso al cultivo de las

ciencias, mostrando afición á la anatomía, mecánica y química. Su mejor cuadro, presentado en la Exposición de 1860, obtuvo mención honorífica especial y valió á su autor una cantidad con que quiso alentarle el Gobierno. Ambas retribuciones insuficientes á llenar su aspiración. Marchó poco después con una comisión artística á Francia é Inglaterra, y esta última nación supo apreciar su mérito; fué catedrático de dibujo en la Escuela de Bellas Artes de Madrid y director de éste en la Sociedad *El Fomento de las Artes*.

Ejecutó bastantes obras: *La resurrección de la hija de Jairo*, propiedad de los Sres. Duques de Escalona; *La embriaguez de Noé*, *Una madre enseñando á su niño la acción de persignarse*, *Nuestra Señora del Carmen*, y contribuyó mucho á la restauración de la catedral de León, precioso resto de la arquitectura ojival, cuyas vidrieras se hallaban en un estado deplorable. Inventó un procedimiento para grabar al agua fuerte, cuyo secreto se ha perdido al morir su autor en Madrid el 15 de Agosto de 1868.

D. VICENTE JIMENO Y CARRA, nació en Madrid en 11 de Enero de 1796, siendo hijo del pintor D. José Antonio y de Doña María Carra. Consagróse á la pintura, dirigido primero por Maella, después por D. Vicente López y por último ingresó en la Academia de San Fernando, distinguiéndose entre sus condiscípulos y apreciado de éstos y sus profesores por sus brillantes cualidades que le granjearon numerosos premios. En el año 1811 fué pensionado á Roma; disturbios políticos hicieron que le retirasen su pensión y tras larga serie de sufrimientos volvió á percibirla en 1825.

Citaremos aquí, entre sus obras, *El descanso en Egipto*, *Una Trinidad*, *La Concepción* y *San Rafael conduciendo á Tobías*.

Su mérito, poco premiado, lo fué no obstante con un puesto en la Academia de San Fernando, donde figuró asimismo como profesor, pasando á serlo de la Escuela superior de Pintura, y últimamente ejerció el profesorado en la cátedra de anatomía de la Escuela superior de Bellas Artes. En 19 de Septiembre de 1856 le nombró pintor de cámara el Duque de Parma Carlos II. Falleció este notable artista en 9 de Noviembre de 1857.

D. JOSÉ ANTONIO JIMENO Y CARRERA, nació en Valencia en 16 de Abril de 1757. Dibujó y grabó multitud de láminas, entre ellas, *Santa Elena*, *Una Dolorosa*, copia de la que se venera en la calle de Fuencarral; *La Extremaunción*, *La Magdalena*, copia de Cerezo; *San Juan Bautista*, copia del P. Maino; *La Crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo*, *Martirio de Fr. Hipólito*, *Melchor*, *Anselmo y otros religiosos de San Juan de Dios, muertos en Polonia por los herejes*, y *Origen y propagación del Santísimo Sacramento*. También fueron debidos á su mano diferentes trabajos para libros de misa.

Fueron hijos de este artista el pintor D. Vicente y el grabador D. Laureano.

D. FRANCISCO JOVER CASANOVA, natural de Muro, provincia de Alicante, y discípulo de la Escuela superior de Pintura de Madrid, en la que obtuvo diferentes premios. Expuso en el Concurso Nacional de Bellas Artes en 1862, y fué premiado en la de 1864 con medalla de tercera clase, adquiriendo el Gobierno la obra premiada.

En 1870 concurrió á la Exposición romana de objetos para el culto con su cuadro representando *Una audiencia dada por Su Santidad á tres padres capuchinos postuladores de una causa de beatificación*. Vuelto á España llevó este cuadro á la Exposición de 1871 á más de varios asuntos, entre ellos, *Un Cardenal en la iglesia de Santa María del Pópulo besándole las manos unas campesinas*, adquirido por el Rey Don Amadeo, y *Retrato de Fr. Hilarión*.

Son de su mano los frescos de la iglesia de San Antonio de Cádiz representando episodios de la vida del Santo y de las Sagradas Escrituras, y dos lienzos para el templo de San Francisco el Grande de Madrid; representan, el uno *San Fernando y Santos españoles* y el otro *Santa Teresa y Santas españolas*.

El Sr. Jover es profesor ayudante de las clases de dibujo del Conservatorio de Artes.

D. RAFAEL JUEZ SARMIENTO, natural de Madrid, discípulo de las clases de Academia de San Fernando y su individuo supernumerario de mérito desde 5 de Julio de 1835. En diferentes Exposiciones anuales de dicha Academia presentó el Sr. Sarmiento varios retratos, y en las Nacionales de 1856 y 1858 expuso varias obras, de las que consignaremos, *Cain con el cadáver de Abel á sus pies*.

D. RAFAEL JULIÁ, natural de Madrid. Concurrió en 1873, siendo niño, á la Exposición de El Fomento de las Artes, con algunas copias al óleo y obtuvo mención honorífica. Presentó en la Nacional de 1876 y en la del Sr. Hernández las *Tentaciones de San Antonio*, copia al lápiz de Morelli.

D. JOSÉ JULIANA Y ALBERT, natural de Sabadell.

Ha concurrido, después de estudiar en Roma, á varias Exposiciones. Las obras suyas que aquí debemos citar son: *Un claustro*, *Un ermitaño*, *Un Cardenal*, *La salida de la última misa* y *La sopa de un convento en España*.

D. PEDRO KUNTZ Y VALENTINI, natural de Roma, donde siguió sus estudios en la Academia Pontificia de San Lucas y bajo la dirección de D. José de Madrazo. En 1840 fué nombrado profesor de dibujo y pintura de la sociedad *El Instituto Español*, en Madrid. En diferentes Exposiciones anuales de la Academia de San Fernando y en las Nacionales de 1856, 1858, 1860 y 1862, el Sr. Kuntz presentó las obras que aquí apuntamos y alguna otra ajena á nuestro objeto: *Crucero de la santa iglesia de San Lorenzo del Escorial*, *Perspectiva del interior del templo del Monasterio de San Lorenzo del Escorial*, *Interior de la basílica de San Pedro en Roma*, *Interior del templo del Escorial* y *Vista tomada desde el altar mayor mirando al coro*. Conquistó distintas menciones honoríficas, habiendo sido adquirido para el Museo Nacional el *Interior de la basílica de San Pedro*, á que nos referimos. El Sr. Kuntz era Académico de mérito por la de Pintura de la de Nobles Artes de San Fernando, é individuo de número de la disuelta de Arqueología y Geografía. Falleció en 1863.

D. JACINTO LABERÓN. Es de este artista un cuadro que representa á *Jesús consolando á las mujeres de Jerusalén*.

D. FRANCISCO LACOMA, nació en Barcelona en 1784 y estudió en el consulado de aquella capital los principios de su arte. Obtuvo justos premios y pensión de la Junta de Comercio para trasladarse á Madrid, contando sólo 19 años. Matriculado en la Academia de San Fernando, se presentó á sus concursos generales de premios de 1805 y 1808, obteniendo en este último el primero de la primera clase, honra que le tributó unánimemente la citada Academia, que algún tiempo después, en 14 de Marzo de 1819, debía crearle su individuo de mérito. Trasladado á Italia y Francia con pensión de dicha Junta de Comercio en 1808, fijó definitivamente su residencia en París y falleció en 1849, legando á la citada Corporación varios cuadros en reconocimiento á sus mercedes. Existen de su mano en el Museo provincial de Barcelona: *Un crucifijo*, copia de Alonso Cano; *Un descendimiento*, *La adoración de los pastores*, *La Magdalena* y *San Juan*, copias todas de Mengs, y *San Jerónimo*, copia de Rivera.

SEÑORITA DOÑA N. LADRÓN DE GUEVARA. Presentó en la Exposición de la Academia de San Fernando en 1850 *Cain* y *Un fraile*.

D. JOSÉ LAFFAYA Y JORDÁN, pintor de afición. Nació en la ciudad de Segorbe en 2 de Agosto de 1815, y aunque la afición que desde niño manifestaba parecía deber encaminarle al arte pictórico, desgracias de familia le hicieron estudiar la carrera de medicina. El Excmo. Sr. D. Fr. Domingo Canubio y Alberto, Obispo de Segorbe, que supo la afición de Laffaya á la pintura y los progresos que había hecho en su ejercicio, le obligó á pintar dos cuadros para la catedral de aquella ciudad, que representan á los esclarecidos varones españoles *San Leandro* y *San Isidoro*, *Arzobispos de Sevilla*, obras acogidas con aplauso. Esto hizo trasladarse á su autor á la Corte en 1854 á fin de estudiar á los grandes maestros. A la Exposición celebrada en Valencia en 1855 con motivo de la fiesta secular de San Vicente Ferrer, presentó varios cuadros y el retrato del citado Sr. Obispo, predicador en aquella festividad, y fué premiado con medalla de plata.

Son de su mano varios cuadros para iglesias y cofradías y deben serlo una *Santa Rosa de Viterbo* de grandes dimensiones, existente en la iglesia de Castilnovo, y dos grandes composiciones originales que representan á *Jesús bendiciendo á los niños* y *El Salvador llamando á sus brazos á todos los quebrantados*. Estas dos obras fueron ejecutadas por encargo del venerable Sr. Canubio para su oratorio episcopal de Segorbe. También pintó para aquella catedral las iniciales y portada de un libro de coro, figurando en las primeras varios asuntos alegóricos y en la otra la imagen de *Nuestra Señora del Pilar*.

DOÑA CARLOTA LAGUNA DE TALAMANCA, Marquesa de Branciforte, pintora de afición, creada Académica de mérito de la de Nobles Artes de San Fernando en 18 de Octubre de 1818. En la misma Corporación se conserva de su mano una *Cabeza de ángel*, copia de un lienzo de D. José Madrazo.

D. NARCISO LALANA, pintor aragonés, discípulo de la Academia de Bellas Artes de Zaragoza en los primeros años del siglo. En 5 de Marzo de 1820 fué nombrado Académico de mérito de la misma, y 10 años después desempeñaba la plaza de director de pintura en la mencionada Escuela. Pintó dos grandes cuadros en forma de medio punto, representando *El Nacimiento del Niño Dios* y *El sueño de San José*, para la iglesia de la villa de Burbáguena, cerca de

Daroca. En Zaragoza el cuadro de *Santa Inés*, en el altar mayor del convento de religiosas dominicas de dicha advocación; los de *Santa Fe* y *Santa Juana de Aza*, en el presbiterio del mismo altar mayor, habiendo estado antes en la iglesia de Santa Fe; un hermoso escudo de armas de España con varios ángeles y nubes de muy agradable composición y colorido en la portada de la iglesia subterránea de Santa Engracia, y la pintura de la bóveda de la capilla del Santísimo *Ecce Homo*, en San Felipe, cuya parte de adorno pintó D. Mariano Ponzano. Falleció en 1851 en Zaragoza, su ciudad natal.

M. DE A.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

La vida en Madrid en 1886, por D. Enrique Sepúlveda. — Madrid, 1887.

No es la vida seria la retratada en su último libro por Enrique Sepúlveda: es la que hacen los madrileños en la calle, en el teatro y en todos los sitios públicos; aquella que pueden observar los extranjeros y provincianos aunque residan en la Corte solo una semana.

Tal vez esto, que constituye un defecto para quien pretenda buscar en el referido libro la crónica de los acontecimientos madrileños durante el año anterior, sea para otros estímulo mayor de aplauso y causa de elogio. En este concepto los que amistosamente venimos observando la historia literaria de Enrique Sepúlveda, sin hacerle un cargo, como el hecho por otros, creemos oportuno llamarle la atención sobre el punto de crítica apuntado por los exigentes, para que el joven literato estudie y resuelva el problema de si convendría á su crédito y á las crónicas que se ha propuesto hacer, el dar entrada en ellas á gran número de sucesos de índole religiosa, moral ó social que aunque interrumpieran la marcha festiva de la obra y aunque fuesen su nota triste, deben ser incluidos en la vida madrileña. Porque no desconocerá el Sr. Sepúlveda que algún lugar habrían ocupado dignamente en las páginas de su libro ciertas fundaciones de índole religiosa ó moral, las de establecimientos de enseñanza y otras de igual interés. No todo han de ser carreras de caballos y cambios de modas.

Prescindiendo de este punto verdaderamente fundamental, es justo decir que *La vida en Madrid* es un libro por todo extremo ameno, que su autor ha tenido el acierto de satisfacer á la frívola mayoría de lectores, y que la obra se halla elegantemente presentada, sirviéndole de gran aliciente los numerosos grabados de los Sres. Comba y Souto. Así se explica el éxito que desde los primeros días ha obtenido y el que promete seguir obteniendo á juzgar por el hecho de hallarse ya en su segunda edición.

Lances de la vida, por D. Carlos Frontaura. — Madrid, 1887.

Un libro más del correcto y festivo escritor, lleno de chispeante gracia, cuadros de un colorido que encantan, descripciones brillantísimas, sin efectismos ni frases rebuscadas.

Carlos Frontaura se presenta en su última obra con toda la viveza de su ingenio, con toda la travesura, gracejo y buen gusto, cualidades que le han dado verdadera y merecida personalidad literaria, y le han colocado entre nuestros primeros escritores contemporáneos.

Es el mismo Frontaura de *Las tiendas*, con igual frescura que hace treinta años y tan conocedor como antes del corazón humano.

Lances de la vida comprende los siguientes asuntos: El paraíso de Villasanta. — Un premio de la lotería. — La bofetada. — La Condesa y la Marquesa. — Las andaluzas. — La sequía. — ¡Qué hombres! — Como en familia. — Las señoritas cursis. — La calumnia. — El amigo del tranvía. — Las dos amigas. — Recuerdos de Carnaval. — Los empleados. — Los cesantes.

Cuadros, que con decir que están trazados por la pluma de Frontaura, está dicho todo.

Diálogos de actualidad, por J. M. M., publicados por *La Propaganda Católica* de Palencia.

Hasta la fecha se han dado á luz veintidós folletitos de estos *Diálogos*, habiendo alcanzado alguno de ellos hasta veinte ediciones, á pesar de ser éstas numerosísimas.

La citada publicación merece la acogida que el público la dispensa y responde al fin piadoso que se propone.

Los títulos de los folletos publicados son los siguientes: Los días festivos. — Los malos periódicos. — La Inquisición. — Los frailes. El oscurantismo. — Intolerancia é infalibilidad. — Los misterios. — La Bula y las indulgencias. — El ayuno. — ¿Liberal ó católico? — El *Syllabus*. — La blasfemia. — Los protestantes. — El espiritismo. — La confesión. — Por lo civil. — ¿Por qué cumplir con la Iglesia? — Los masones. — Pataleo masónico. — El poder temporal del Papa. — El pecado de Adán. — Los milagros.

La Santificación de las Fiestas, por D. José María Antequera.

Nuestros lectores conocen perfectamente este opúsculo, puesto que no sólo se ha insertado íntegro, más de tres años há, en las columnas de LA ILUSTRACIÓN, sino que de él han circulado, desde su aparición hasta hoy, más de 44.000 ejemplares, difusión rara vez vista en España en esta clase de escritos. Pero como el mal de la violación de las fiestas, lejos de haber cesado, sigue siendo tan intenso como antes, especialmente en Madrid donde esta violación es por todo extremo escandalosa, no creemos ocioso llamar hacia él de nuevo la atención de nuestros lectores, así porque su propagación, ilustrando á muchos sobre este importante punto, podrá contribuir á disminuir el mal, como por tratarse de un opúsculo que el autor da á 20 reales el ciento á cuantas personas lo adquieran, con el mero objeto de propagarlo.

Para adquirir los ejemplares que se deseen, basta dirigirse al autor, calle de Hernán Cortés, número 11.

NECROLOGÍA

El día 16 de corriente mes falleció en esta corte el reverendo Padre Francisco Mariano Menéndez, de la Compañía de Jesús, contando setenta y dos años de edad, toda ella empleada á mayor gloria de Dios y bien de las almas.

Entró en la Compañía en 1832; estuvo á pique de ser inmolado en la horrorosa catástrofe de 1834; y prefiriendo el destierro y la tribulación de la vida religiosa á la quietud y bienestar de que podía disfrutar en Madrid, partió poco después á Nápoles, donde perfeccionó los estudios, que había comenzado en el Colegio Imperial de esta corte y en Alcalá de Henares, y se dedicó á la enseñanza. Expulsado de Nápoles por la revolución del año 1848, y acogido en Malta bajo la protección del pabellón británico, no tardó en regresar á España, dedicándose al ejercicio de la predicación y demás tareas del ministerio apostólico, mayormente en los hospitales, que no ha cesado de frecuentar dos veces al menos cada semana, hasta pocos días antes de rendir el postrer suspiro. En el Seminario de Canarias estuvo diez años enseñando Teología dogmática, y ocupando el tiempo de vacaciones en misiones, que daba á los pueblos y aldeas, y en que hallaba descanso digno de su celo evangélico.

En diferentes ocasiones tuvo elevados cargos de Superior é Instructor de tercera probación, cargo que sólo se confía á los veteranos más expertos y virtuosos de la Compañía.

También han fallecido:

En Issoudun el Rdo. P. Ricardo Tora, Misionero del Sagrado Corazón de Jesús.

En Córdoba D. Ramón Quintero y Mesa, Religioso exclaustrado de la Orden de San Francisco y Capellán de Nuestra Señora de la Fuensanta.

En Palencia el Rdo. P. Fr. Pedro Romero, Catequista que fué en las Universidades de Madrid y Valencia.

En Ibiza el Rdo. Sr. D. José Panells, Cura párroco de San Miguel.

En Tudela Sor Ana Marqueta, Religiosa del Convento de Dominicas.

En Santa Cristina de Veá el Cura párroco Don Francisco Tarco.

En Córdoba Sor María de la Fuensanta Boegat y Góngora, Rectora del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad.

NOTICIAS

Se ha verificado en Roma el Consistorio público para confirmar las altas dignidades eclesiásticas que fueron anteriormente preconizadas por Su Santidad.

En dicho acto fueron elevados á la púrpura car-

denalicia Mons. Mariano Rampolla del Tindaro, Nuncio de Su Santidad en Madrid; Mons. Serafin Vannutelli, que ejercía igual cargo en Viena; Monseñor Camilo Siciliano de Rende, que lo era en París; Mons. Aloisi Masella, que lo fué en Lisboa, y el Arzobispo de Ferrara, Mons. Luis Giordani.

Después del nombramiento de los referidos Príncipes de la Iglesia, León XIII preconizó quince nuevos Obispos, de los cuales seis eran italianos y nueve extranjeros.

Las sillas provistas han sido las metropolitanas de Bari, Damietta, Larisse y Mitelene, y las episcopales de Aquino, Havopolis, Caltagirone, Trivento, Piazza, Cassale, Avila, Almería, Termópilas, Melcapor, Cochín, Damao y Porfircone. Las de Avila y de Almería corresponden á España; la de Termópilas á Portugal, y á las Indias Orientales la de Melcapor, la de Cochín y la nuevamente erigida de Damao. Las demás son titulares de Italia.

Antes de la consagración se verificó el oficio divino, presidido por el Cardenal Bartolini, prefecto de Sagrados Ritos. Al terminarse aquél, el Papa pronunció su alocución en latín, la cual no ha contenido ninguna alusión política. Tampoco anunció en ella nombramiento ninguno para las Sedes de Inglaterra, Alemania y Francia.

El párrafo más importante de la alocución de Su Santidad al Sacro Colegio es el siguiente:

«En virtud de nuestra propia autoridad, hemos decretado que nuevos miembros vengán á formar parte en vuestros trabajos y en vuestra dignidad. Las dificultades de las condiciones presentes imponen el deber de aumentar el número de los soldados que han de luchar con ventaja hasta llegar á la victoria. Los nuevos Cardenales designados entre los Nuncios apostólicos de Austria-Hungría, Francia y España han dado pruebas relevantes de su integridad, fidelidad y sabiduría, prendas que los realzarán más en su nuevo ministerio.»

Después del Consistorio secreto, los Cardenales que han ido á Roma á recibir el capelo fueron visitados por los personajes de la corte pontificia, el cuerpo diplomático extranjero y la alta sociedad romana. La imposición de los capelos se verificó el día 17.

El ministro de Ultramar, satisfaciendo un nobilísimo deseo de S. M. la reina, ha puesto á su firma un decreto disponiendo que todos los años se presenten en el solemne acto de la adoración de la Cruz en la capilla real el día de Viernes Santo los expedientes de tres reos condenados á muerte en nuestras posesiones ultramarinas para que la regia prerrogativa los indulte.

En su consecuencia, y merced al nuevo rasgo piadoso de la Augusta Señora, serán indultados en el citado día seis reos sentenciados á la última pena.

Por Real decreto de fecha 11 del corriente mes, ha sido nombrado D. Manuel Santander y Frutos, Doctor en Sagrada Teología y Arcediano de la Catedral de Valladolid, para la Iglesia y Obispado de la Habana, vacante por traslación de D. Ramón Piérola. Y habiendo sido aceptado dicho nombramiento se están practicando las informaciones necesarias para hacer su presentación á la Santa Sede.

Se ha abierto al culto público en Molina de Aragón la hermosísima iglesia que fué de los religiosos franciscanos; estableciéndose á la vez una escuela nocturna gratuita para varones de más de 14 años, dirigida por el señor arcipreste y clero, ayudados por los PP. Escolapios. Son ya muy numerosos los alumnos que acuden á aquel centro de enseñanza.

ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

